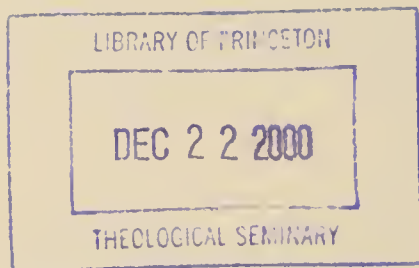


BX
3214
.C5
M66
1945



BX 3214 .C5 M66 1945
Montreal Marbin, Dolores.
Circular y recuerdos de la
reverenda madre Maria



Digitized by the Internet Archive
in 2014

<https://archive.org/details/circularyrecuerd00mont>

UN ALMA DE SELECCION

María Angela del
Santísimo Sacramento

CARMELITA DESCALZA DEL
MONASTERIO DE TALCA

en el mundo

Dolores Monreal Marín

A. D.

1945



Cedreira Jara de Montreal.

x 6801

15



*Maria Angela del
Santísimo Sacramento*

Carmelita Descalza del
Monasterio de Talca

CIRCULAR Y RECUERDOS

DE LA

REVERENDA MADRE

MARIA ANGELA DEL

SANTISIMO SACRAMENTO

Carmelita Descalza 1881-1944

Monasterio de Carmelitas
Descalzas de Santa Teresa

—
TALCA



EDITORIAL "LA SALLE"
SAN DIEGO 153 — CASILLA 1743
SANTIAGO DE CHILE

Carta que el Excmo. Señor Obispo de Talca dirige a la Rvda. Madre Priora del Monasterio de Carmelitas Descalzas de esta ciudad

Talca, marzo de 1945.

Muy Rvda. Madre Priora:

He sido informado que pronto aparecerá la Carta Circular a los demás Monasterios del Carmen en la cual V. R. da a conocer algo de las virtudes que adornaron, en la vida, a la Reverenda Madre María Angela del Santísimo Sacramento.

Bendigo de todo corazón esta idea llamada a mostrar las ascensiones de un alma que supo darse, con generosidad plena a Dios y a quien el Señor recompensó, derramando sobre ella singulares dones de predilección.

Dos características adornan su vida: su serenidad de mente y su firmeza de voluntad.

La Madre María Angela poseía un alma establecida en paz; de ahí su serenidad de mente. El "nada te turbe" de la letrilla de su Santa Fundadora, era para ella un programa de vida.

Pero esa serenidad era en ella fruto de grandes virtudes sobrenaturales profundamente arraigadas y desarrolladas en su alma. Primeramente su espíritu de fe por el cual veía "a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios". La Fe la arrojaba constantemente en el regazo amoroso de su Padre Celestial y siguiendo las palabras del Apóstol, caminaba por ese sendero "como hija muy

amada". Su serenidad de mente, fruto de ese espíritu profundo de fe, le daba al mismo tiempo, un concepto cabal de la verdadera vida espiritual. Nada de cosas extrañas, de vanos deseos, de nerviosismos cabía en su espiritualidad fundamentada toda en el dogma y orientada por entero, no a una satisfacción personal, sino a lo que constituye la esencia de la perfección: la gloria de Dios en el cumplimiento pleno de su voluntad.

Su mente serena la hacía mirar la vida con una amplitud en la cual las cosas pequeñas y los acontecimientos diarios, no eran sino ligeras brisas que nunca alteraban el océano de paz interior por el cual ella navegaba. En esa paz de Dios que al decir del Apóstol "supera todo sentimiento" ella ejerció, en forma muy alta las virtudes cardinales y muy en especial la de la prudencia, que supo aprovechar tan bien con las almas que a ella se acercaron y entregaron a su acertada dirección.

Su otra característica era la firmeza de voluntad. Y es necesario notar, para que se vea cuán sobrenatural era esta cualidad que la Madre María Angela era de un temperamento excesivamente tímido. Pero el alma asentada en caridad, (y esta era el alma de la Madre) la timidez se convierte en fuerza cuando se sabe que la voluntad de Dios es el gran móvil de la vida cristiana y que esa voluntad ha de cumplirse fielmente. Las obras valen por el amor con que se hacen. "Al final de nuestra vida, dijo San Juan de la Cruz, seremos juzgados en el amor".

Esa firmeza de voluntad que radica en la caridad nos explica la línea de conducta que marcó la vida de la Rvda. Madre María Angela. Siendo un alma de alta contemplación, fué, al mismo tiempo, de honda y fecunda acción. Ella realizó algo que el mundo actual fácilmente olvida; a saber, que Dios no ama tanto lo que se hace, sino el por qué se hace, no el cuánto se hace, sino el cuán bien se hace, no el cuán enérgica, sino el cuán amorosamente trabajamos.

Su acción en el convento y fuera de él, fué fecunda y duradera. Ella realizó la frase del Libro Santo "el amor es fuerte como la muerte".

Estas dos cualidades de la Rvda. Madre María Angela que he señalado, explican lo intenso de su vida sobrenatural, lo pro-

fundamente humano de su espíritu y lo perfecto de su sentido religioso.

Fué un alma “ardens et lucens” que ardió e iluminó con resplandor de llama divina.

Pude conocerla íntimamente en los últimos cinco años de su vida, pude apreciar las riquezas de su espíritu, pude admirar la obra de Dios en un ser que se le entrega sin reserva.

Le queda, al querido Monasterio de Talca, el ejemplo rico de su vida y la fuerza de su intercesión poderosa en el cielo.

Guarden intacto el depósito de la lección que la Madre María Angela les ha dejado y pueden Uds. estar ciertas que se mantendrán así en la auténtica tradición del Carmelo.

Con mis mejores bendiciones para V. R. y Comunidad, quedo como su afmo. prelado.

† *Manuel Larraín Errázuriz,*
Obispo de Talca.

J. M. + J. T.

Circular de la Rvda. Madre, María Angela del Santísimo Sacramento, fallecida el 9 de Octubre de 1944

Monasterio de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa

Talca, Diciembre de 1944.

La gracia del Espíritu Santo sea con V. Rcia. mi muy amada Madre:

Besando la mano del Señor, que tan honda y dolorosamente nos hirió el 9 de Octubre del presente año de 1944, con el repentino fallecimiento de nuestra amadísima Madre, María Angela del Santísimo Sacramento, sintiendo aun vivísimo el desgarramiento que su partida hizo en el corazón mismo de la Comunidad, escribo esta circular, dedicada especialmente a Nuestra amada Orden, dedicada a todas las personas que al conocerla, tanto la amaron y la apreciaron, dedicada con grande respeto y veneración a Nuestra Santa Madre Iglesia, por quién, esta humilde Carmelita, vivió y murió.

Sí, el Señor cumplió con ella su palabra: "Vendré como un Ladrón nocturno". Pero esta virgen, que tanto se había empeñado en el curso de su vida por empapar su mente, su alma y corazón en las enseñanzas salidas de sus labios divinos, hacía mu-

chos años, en especial desde 1938, vivía como ella dice: “para preparar mi eternidad, para prepararme a su llamado, para estar pronta con la lámpara encendida”. Como lo veremos, la práctica de todas las virtudes hacían de su alma luminosa antorcha, que no sólo servía para tenerla a ella pronta, sino también, para iluminar y guiar a las que junto a su Reverencia, íbamos haciendo la jornada. El Señor es amorosísimo Padre, y sabía como nadie, cuán intenso sería el dolor que derramaría en el corazón de su Madre, hermanas y numerosas hijas al tomarla para El: conocía también, la falta inmensa que nos harían sus ejemplos, sus consejos, el conjunto de su vida entre nosotras y así permitió que nos quedaran, como preciosa herencia, borradores de conciencia y numerosos apuntes espirituales que su Reverencia hacía, como ella dice: “por necesidad, para darme cuenta del estado de mi alma, para ver si trabajo o nó”.

Bendita necesidad, por la que deja un gran número de las enseñanzas que oíamos de sus labios, y el esfuerzo constante de su vida en su ascensión a Dios. Su rápida partida, nos dejó este único consuelo. Y recordando que Jesús dijo que “la luz no debe quedar bajo el clemín”, procuraremos compartir esta luz que nos iluminaba, seguras que el relato de sus virtudes, enseñanzas y la vida íntima de su alma, tan favorecida de Dios y de tanta fidelidad para con El, será de grande provecho y de grande estímulo.

En este mundo se supo enconder modesta y humilde, como pocas almas y ésto con tanta sencillez, que no dejaba siquiera entrever que algo se podía ocultar en ella, manifestando siempre el profundo sentimiento de su miseria e infidelidad, por lo cual sin duda, Dios ha querido revelarnos, en parte, el secreto de su interior. Dice ella:

“Amaros, Señor Dios mío y glorificaros, quiero que sea el encanto de mi vida, todo el móvil de mis acciones por insignificantes que ellas sean...”

Que en mí no haya la más leve acción que no sea por Vos

¡oh Amor mío! para vuestra gloria. “AMAROS Y GLORIFICAROS O MORIR”, no quiero vivir si no es para éstos dos fines. Este es el lema de mi vida”.

Creo completar este grande y único ideal de nuestra amada Madre, procurando que las noticias de su vida sigan promoviendo el amor y la gloria de su Dios.

SUS PRIMEROS AÑOS

En la Serena el año 1862 contrajeron matrimonio don Santiago Monreal Ahumada y Doña Tránsito Marín del Solar, ambos oriundos de la ciudad y pertenecientes a las familias más antiguas y distinguidas de su sociedad. Formaron un hogar como todos los de entonces, sólida e íntegramente cristiano y profundamente unido. Dotes excepcionales se reunían en la joven esposa, de virtud, de talento, de prudencia, de laboriosidad, de agradable hermosura y de trato fino y distinguido; cualidades que eran apreciadas ampliamente y completadas por el que el Señor le dió por compañero. Su hogar se vió luego bendecido y alegrado primero por tres hijos, Ricardo, Santiago y José, después por una hija Adriana y otro hijo Rafael. Los cinco nacieron en la Serena. Por estos años, por motivos de negocios, la familia Monreal Marín se trasladó a Santiago, llevándose como principal fortuna, el amor que los unía y la alegre comparsa infantil, que formaba el hogar. Desde el nacimiento de Rafael pasaron siete años, antes de recibir la última y más querida sonrisa del cielo.

El 17 de Julio de 1881, en medio del alborozo y alegría de padres y hermanitos llegó una niña, broche de oro de la familia Moreal Marín.

El 15 de Agosto en la Parroquia de la Estampa, recibió las aguas regeneradoras del Bautismo. Su padre quiso darle el nombre de Dolores, en recuerdo de una querida pariente suya y para que más tarde, no tuviera la tentación de tomar su segundo

nombre, por parecerle mejor, le agregó del Rosario. La dejó así, bajo una doble advocación de la Santísima Virgen, a la que ella siempre honró, en la forma más amorosa y tierna, como después veremos.

La delicada complexión de la niña, reclamó todos los cuidados y desvelos de su amante madre para asegurarle la existencia, los que se iban compensando con el crecimiento de la pequeña y con el despertar agudo e ingenioso de sus facultades. Muy luego padres y hermanos vieron brillar en los negros y pequeños ojos de Lolita, como siempre la llamaron, esa chispa que hasta el fin de su vida los animó en forma tan única, en que se manifestaba a la vez, una ingenua picardía y la claridad de su gran inteligencia, y dibujarse en sus labios, esa sonrisa amable, con que se ganaba la simpatía y el cariño, de cuantos la conocían y en la que se reflejaba la acogedora bondad de su grande y buen corazón.

Un día se le presentó un difícil problema, tenía una muñeca, objeto de todos sus encantos, llegó de visita una amiguita y también quedó prendada de la muñeca y naturalmente, quiso que se la dieran. Con gran admiración de todos, al ver a su amiguita tan descosida de la muñeca, la dueña amablemente se la dió. Pasaron la tarde muy contentas, pero al momento de la despedida, Lolita se opuso a que su amiga se llevara la muñeca y con mucha gracia le dijo: “se la doy pero yo se la guardo”. La hilaridad fué general, al ver como solucionaba tan difícil situación. desgraciadamente la visita se llevó la muñeca, no quedándole a la obsequiosa propietaria, más consuelo que sus lágrimas. Este rasgo de su infancia, mil veces nos lo hacían recordar, las ingeniosas maneras, como solucionaba entre nosotras, situaciones algo análogas que se le presentaban, dejandonos siempre muy contentas y celebrándole sus simpáticas ocurrencias.

Pocos años pasaron muy felices para este hogar desde el nacimiento de Lolita. Un día de súbito todo cambió. Don San-

tiago, que entre otras actividades daba en un colegio de la Capital algunas clases de inglés, una mañana cayó repentinamente, como herido por un rayo, al comenzar la clase, su muerte fué instantánea y en lo mejor de su existencia.

Se adivina la tragedia de dolor que cayó sobre la familia. Nadie se preocupó de la pequeña que aún dormía, hasta que sentada en su camita la oyeron llamar a grandes voces “papá. papá”, a sus gritos uno de sus hermanos vino a hacerla callar, pues sin saberlo aumentaba la tragedia de su hogar. La niña calló, pero nunca pudo olvidar lo que en esos instantes le sucedió, pues al despertar, vió a su padre de pie en el umbral de la puerta, así como venía cada mañana a despedirse de ella antes de salir; mas esta vez no avanzó, sino que la miraba, decía ella, en forma de tanta gravedad y majestad. Uno al oírla relatar, llena de emoción este recuerdo, pensaba, sin duda el padre consiguió venirse a despedir por última vez de esta hija, que después sería tan amada de Dios y por quién su alma recibiría, posiblemente, grandes gracias al presentarse súbitamente ante el Divino Tribunal. Un rato guardó silencio la niña, pero luego se la oyó nuevamente llamando a grandes voces a su “papá”, entonces decía, “entró mi mamá y abrazándome me dijo: hijita, ya no tienes papá, y me llevó donde le habían colocado. Este fué mi primer encuentro con la muerte y me dejó un recuerdo, que jamás se ha podido borrar y mi mente y mi corazón infantil comprendieron todo lo que aquello significaba”.

SU NIÑEZ

En el Monasterio de San Rafael de Santiago, era religiosa la hermana mayor de misia Tránsito, se llamaba Rosa del Santísimo Sacramento, que fué después nuestra amada y santa Fundadora. Muy unidas fueron siempre ambas hermanas y la viudez de misia Tránsito la acercó más aún, a su hermana Carmelita. La niña era llevada con frecuencia al Carmelo, en donde era muy

celebrada y querida por todas las religiosas. En las rodillas de su madre y junto a las rejas del Carmen, las que le transmitían el cariño y el fervor de la grande alma de su tía, prendieron en el corazón de la pequeña los dos grandes amores de su vida. Jesús y María. La madre y la tía comprendieron muy pronto, que esa niña sería muy privilegiada de Dios y ambas procuraron guardar y cultivar esa tierna y delicada flor con una solícita formación. Era muy bien inclinada. Llena de ingenuo candor. alegre, entusiasta, muy inteligente, según opinión de cuantos la conocían y de muy buen corazón; todo envuelto en un velo de timidez, que le sirvió mucho para crecer humilde y escondida. no revelándose sino en el seno íntimo del hogar.

Al comenzar el año 1893 se impuso una nueva separación, misia Tránsito regresó a su ciudad natal con sus hijas. Con mucha pena se despidió Lola de su tía y del Carmelo, llevándose en el corazón el deseo y pensamiento de ser también un día toda de Jesús. En la Serena, su madre siguió preocupada de la educación y formación de su familia, en especial de su hija menor. La puso ese año en un colegio particular, pero al siguiente se vió en la necesidad de colocarla en el Liceo, regentado en ese entonces, por una Directora de mucho mérito y de las más profundas ideas religiosas. Ella la recibió con gran cariño e interés y se esmeró en preparar con especial cuidado, esa delicada flor que llegaba a su colegio, para ponerla en contacto directo con Jesús. La misma Directora tomó a su cargo el prepararla para la Primera Comunión. Se adivina con qué ardor y delicadeza dispondría esta niña su alma, para su primer encuentro con el Esposo de las vírgenes y las larguezas y favores de que sería objeto de Aquel, que tanto la amaba y que era el único que sabía, cuanto necesitaba esta alma juvenil, de su fortaleza y de su auxilio para salir victoriosa, en el camino del porvenir.

z

El 15 de Agosto, hermosa fiesta de su Madre del Cielo y onomástico de su madre de la tierra, fué el elegido para tan

memorable acontecimiento de su vida. Ese día se consagró por primera vez a su Dios, prometiéndole mientras le tenía en su corazón, ser suya para siempre y sin reservas formulando en ese feliz instante, su primer voto de virginidad. En esa hermosa fecha fué intensamente acompañada por su tía Carmelita. Recibió de su parte un emblema que conservó con gran veneración toda su vida, pues encerraba para ella un programa y una promesa de la que miraba como su santa madre espiritual, en él le dice así:

“Promesas de mi querida Lola en el gran día de su Primera Comunión:

“¡O- amo Jesús mío, os bendigo, os alabo y quiero vivir para siempre oculta en Vos, como lo estáis Vos Jesús mío, en el Santísimo Sacramento del Altar, que hoy forma mi dicha y mi consuelo!” y le agrega: “¡Ah mi hijita, yo aseguro a Ud. que si cumple fielmente esta promesa podrá repetir al fin. ¡Ah es muy dulce morir en el Señor!!!!”. La gran paz de su posterior momento, no dejó duda que esta promesa fué santa y fielmente cumplida.

Desde ese 15 de Agosto sus amiguitas notaron a Lola más reservada y fervorosa y entre bromas le decían, que se estaba entregando a la beatitud. Era seneilla, estudiosa, obediente, tanto en el colegio como en casa, por otro lado no se diferenciaba gran cosa, de las otras compañeras de su edad.

Pero en el alma de esta niña se delineaban ya, los luminosos y a la vez arduos caminos, que estaba llamada a recorrer en el curso de su existencia. Dos inmensos poderes pelearían en ella las grandes batallas del bien y del mal. Parece que este ser débil, inoocente, tímido casi en demasía, fué escogido por Dios para quebrantar una vez más, con su frágil y delicada planta, el orgullo de la serpiente infernal, y para eso le concedió gran poder, para tentar y combatir sin tregua, a esta creatura a la

que El tanto amaba y a la que destinaba, para que le sirviera con tanta fidelidad, para recibir de ella un amor purísimo y ardiente, cual lámpara que brillaba en su Presencia y para que fuera dócil y afinado instrumento, del que El pudiera percibir siempre, según las cuerdas que tañera, un himno que entonaba la "Gloria de su Dios".

Grandes perturbaciones sentía la niña en su alma, mil turbaciones y fantasmas que ni siquiera ella podía imaginar. la combatían y la atormentaban, su delicada conciencia se horrorizaba y se sentía culpable de inmensos pecados. A veces, decía ella, en grande intimidad, sentía que alguien en mí, procuraba con fuerza casi irresistible que blasfemara y renegara, de ese Dios a quien tanto amaba mi corazón y tenía que hacerme increíble violencia. para que mis pobres e infantiles labios, no prorrumpieran en palabras de desesperación; todo lo cual me llenaba de amarguras indecibles, pues me ereía perdida y sin remedio.

Pero el Señor velaba sobre su alma amorosamente, y por los años 95 o 96 quiso hacer visible su protección poniendo junto a ella, un padre espiritual, que fué su gran tabla de salvación. fué el piloto santo y experto escogido por el mismo Dios, para guiar su débil barquilla, por el proceloso mar en que navegaba y que estaba destinada a arribar a las playas del Monte Carmelo.

Hasta que la dejó, bien asentada ahí, el Reverendo Padre Arturo Diez, de la benemérita Congregación de los Misioneros del Corazón de María, puso a su servicio, la gran virtud adquirida en una larga vida de misionero abnegado y fervoroso. el vasto caudal de toda su ciencia y experiencia espiritual y la cálida ternura de un paternal corazón. Procuró calmar las tempestades que agitaban su alma, y apaciguar y curar los escrúpulos que en mil formas la atormentaban, defenderla de su timidez, ensanchando su espíritu, dilatando su inocente corazón de niña, que nada sabía del mundo ni del mal y disponerla para que recibiera de lleno las predilecciones de Jesús. Pero ésto no

fue obra de un día, comprendió perfectamente que había que trabar una tenaz batalla y así oía a la niña, no como a una inocencia naufragada, ni como a un espíritu enfermizo, sino como a un alma destinada a subir muy alto en el camino de la santidad, si se le ayudaba a ser fiel.

Solicitud incansable de parte del Padre, dispuesto, según le dice en una carta, a los mayores sacrificios, con tal de que adelantara un solo paso en el amor de Dios, y fidelidad generosa y delicada de parte de la joven, fué lo que caracterizaron estos años de su primera juventud. El enemigo seguía luchando sin tregua para ganar o detener su alma; los escrúpulos, los temores, las zozobras, las fatídicas y dolorosas imaginaciones que la hacían temblar, sacudían su interior en muchos períodos de sufrimientos espirituales; pero ahora no estaba sola para combatir y resistir, como tampoco lo estaba para saber recibir las gracias de tanta predilección y los carismas que pródigamente le hacía sentir su Dios y su Señor, en cambio de las asechanzas de Satán. El Padre la defendía de su propia desconfianza y a la vez la hacía crecer en la más sólida humildad.

SU JUVENTUD

Corrían los años y Lola Monreal, se encuentra convertida en toda una señorita, había terminado sus estudios en el Liceo, llevándose el cariño y el aprecio de sus Maestras y compañeras. En su hogar su madre procuró completar su educación, enseñándole finas labores de bordado, que ella tan bien ejecutaba y para las que su hija tenía una gran disposición. En el círculo de sus amistades la joven se distinguía por un aire de modestia, por su buen juicio, su agradable trato y por un algo de equilibrio en toda su persona; no podemos decir que tuviera la hermosura de su señora madre, pero sí su simpatía y su agrado. Una persona que bien la conocía, le decía con gracia, “tienes la suerte de que todo el que te conoce te quiere”.

En el curso de estos años, también habían sucedido grandes acontecimientos en la vida de la Reverenda Madre Rosa. primero fué elegida Priora en su convento de San Rafael de Santiago, cargo que desempeñó con grande acierto. Siéndolo todavía, la escogió el Señor para la grande obra de una nueva fundación en esta ciudad de Talca, que pudo realizar después de muchos esfuerzos, el 19 de Mayo de 1897.

En su sobrina, que había sido objeto de su más tierno cariño y especial solicitud, entreveía una promesa halagüeña para el nuevo palomar. Su Rcia. había sido el más íntimo confidente de su vocación carmelitana, desde que había nacido en su alma, ayudándola y sosteniéndola siempre por medio de su oración y de sus cartas.

Poco antes de cumplir los 18 años de edad, recibió de su tía un piadoso y completo reglamento, para que con la gracia de Dios, lo guardara mientras estuviera en el siglo. Se lo lee con veneración y se comprende por él, el fervor con que la joven se disponía esperando el momento de ingresar al Claustro.

Le enseñaba sobre todo a vivir para comulgar y a comulgar para vivir, le recuerda que una sola Comunión bien hecha le basta para hacerse santa. Le dice: "Prepare su alma para cada Comunión, como si hubiera de ser la última de su vida. El día antes de la Sagrada Comunión guarde con mayor cuidado los sentidos y el corazón. Acérquese a recibirla con una modestia y reverencia más que de ángel si fuera posible, haciendo los actos más fervorosos de las virtudes teologales. Una vez que la haya recibido sumérjase en el abismo de su propia nada, adorando con profundo acatamiento al Dios de la Divina Majestad, su futuro Esposo, al que tiene dentro de su corazón. Abrace y estreche fuertemente con los brazos de su más sincero amor a tan dulce Huésped, aspirando con solicitud a unirse íntimamente a El. Permanezca lo restante del día, recogida dentro de sí con Jesús, con mayor solicitud que otras veces; distribuya el tiempo de una Comunión a otra de tal manera que una parte la emplee en dar

gracias y la otra en prepararse para volverlo a recibir, como acostumbraba a hacerlo San Luis Gonzaga".

Naturalmente esta vida profundamente eucarística, hacia arder el corazón de la joven, en el amor más vivo a Jesús Sacramentado. La Eucaristía desde entonces formaba el centro de su existencia. Había leído la tierna y hermosa historia en el libro "La Comunión es mi vida" de esa niña noble y rica que todo lo dejó para irse al Convento, en busca especialmente de la frecuente Comunión, cuya vida fué un poema de amor eucarístico. Su nombre era el de María Angela.

Cuanto deseaba ella también llamarse así, al dejar el que llevaba en el mundo; más nó, no se atrevía a formular esta petición, era demasiado ideal, demasiado hermoso. Pero Jesús sabía su deseo y seguramente coincidía con el suyo, pues un día recibió una esquila del Carmelo de Talca, en la que entre otras cosas le decían de parte de la Reverenda Madre Priora, que ya habían escogido el nombre para ella, que se llamaría "María Angela del Santísimo Sacramento". Se adivina cuál sería su felicidad y su entusiasmo y la gratitud con que prometería a los pies del Sagrario procurar ser también ella, un Angel de la Eucaristía.

En Diciembre de 1901, su familia dejaba nuevamente la Serena con dirección al sur. Lola se despidió por última vez, de la ciudad que la vio crecer, a la que nunca olvidó y en la que dejaba tan sinceros afectos y a la vez tantos recuerdos de su angelical persona, que hasta hoy, a pesar de los años, no se han podido extinguir allí. Se alejaba en pos de un santo y ansiado ideal; pero eso no era motivo para que su delicado corazón, no sintiera todo el dolor de la partida. Sin duda sus ojos derramaron sentidas lágrimas, al despedirse y agradecer por última vez, toda la inmensa solicitud y ayuda de ese santo y venerable misionero, que quedaba allá en el Norte cumpliendo su deber. Su noble corazón sabía muy bien lo que era gratitud.

El Carmelo de Talca la esperaba alborozado, su tía bendecía al Señor y aguardaba ansiosa el momento de abrazarla y contarla entre sus queridas hijas. Hubo sin embargo que esperarla un poco. Al comenzar el año 1902 pasó la primera vez por Talca, de viaje a Temuco con su madre y algunos de sus hermanos, a despedirse de su hermana Adriana, que vivía allá con su familia. Permaneció entre los suyos los meses del verano: señalándose el día del Patrocinio de Nuestro Padre San José, que cayó ese año el 20 de Abril, para que esta paloma ingresara al arca santa de la vida religiosa.

Llegaba el instante de la gran separación, su corazón de hija tan amante, de hermana tan cariñosa, ¡cuánto sangró! Acudió en esos momentos de tan vivos sufrimientos, como lo hizo en varias ocasiones, al Padre, que de allá lejos la acompañaba. El la anima y sostiene con enérgicas frases: “¿Eres tú la Lola, la regalada, la entrañablemente querida, la predilecta, la beneficiada de tu Jesús. ¿Temes de separarte de tu mamá y de tus hermanos?... pero Jesús lo quiere. Si para ello es necesario llorar, resuélvete de una vez a llorar abundantemente: si es necesario morir, muere de pena, porque lo quiere tu Dios”.

Sin duda esas palabras le dieron fortaleza para dar el último abrazo a su incomparable madre, a la que quería y veneraba como a una santa y para despedirse de sus hermanos y sobrinitos y emprender el vuelo el día señalado. Se vino en compañía de su hermano José, que siempre se distinguió tanto con ella, e hizo en todas las circunstancias de su vida las veces de su padre. No es extraño verla pagar este tributo, a los afectos más grandes y sagrados que Dios ha puesto en todo bien nacido corazón.

INGRESA AL CONVENTO

Llegó a Talca al atardecer e inmediatamente se abrió para ella, la puerta que le franqueaba la clausura del Carmelo, arrojada en su umbral, besó los pies de Jesús Crucificado, que era el primero que la salía a recibir y oyó entonar las dulces

y conmovedoras estrofas del “O Gloriosa Virginum” a cuyo son, su nueva familia la conducía a la presencia del Señor. Por la primera vez se derramó ante nuestro amado Tabernáculo, el suave y delicado perfume de esta hermosa flor, que llegaba en la primavera de su vida, tenía 20 años de edad, a ofrecer a Jesús el amor más puro y más precioso, el de su juventud. Terminada la ceremonia la llevaron al exterior del Coro, para darle el abrazo de bienvenida. Cuán íntimo y estrecho fué el que recibió de su tía, entre sus brazos sintió menos agudas las espinas que herían la parte humana, de su tierno corazón y comprendió cuanta razón tenía su mamá al decir: “no puedo entregar en este mundo en mejores manos a mi amada hijita, que en las de mi hermana Rosa”; también sintió nuevos corazones de hermanas, al ir recibiendo el saludo cariñoso y entusiasta del resto de la Comunidad.

Corrieron unas pocas horas y se encontró por la primera vez sola en su celdita del Carmelo. Cuán hondo saben hablar a la joven que llega del mundo, sus blancas y desnudas paredes y las pocas cosas que mira en ella; es como su primer encuentro directo con el Carmen, en donde se le ofrecerán tan pocas cosas de la tierra, las que verá reemplazadas por los tesoros del mismo Dios. Ahí, en silencio sintió sin duda, intensamente todo el conjunto de grandes emociones que tanto habían agitado ese día su alma y corazón y con esa claridad con que miraba siempre los acontecimientos y la profundidad con que los abarcaba, comprendería, el alcance tan grande que tenía este paso en su existencia.

Al amanecer del nuevo día, amaneció también para la hermana María Angela, una vida nueva ¿y cómo venía aparejada para recorrerla? Con una piedad muy bien fundada, sólida, sin ninguna exageración ni ostentación, la sencillez y la naturalidad fueron siempre su nota característica: con un carácter suave y apacible, muy tímido y a la vez de increíble fortaleza, una alegría franca de niño, pero tranquila, todo la entretenía y todo

la interesaba. Un generoso corazón, capaz de amar y sacrificarse mucho. Le habían dicho que trabajara por ser: “Capullo, azucena y violeta querida de Jesús, y se le decía, si no lo eres, debes serlo: Capullo en lo recogido y ardiente de tu amor; Azucena en lo delicado y cándido de tu pureza; Violeta en lo aromático y suave de tu humildad” y su amor, su pureza y su humildad llegaban del mundo al Carmelo, en ese grado que les habían señalado.

Lo que ella después enseñaba era siempre lo que había practicado, a una hermana le escribe al comenzar su vida religiosa: “Desde el principio de su vida espiritual fórtese, trabaje por cimentarse en fundamentos sólidos. No son frases hermosas las que nos ayudarán a la santidad, son las verdades que se aprenden en el catecismo bien arraigadas en el alma, las que levantan el edificio en solidez. Hay una verdad que a mí me ha servido mucho en la vida, ésta es: “Hemos nacido para amar, servir y reverenciar a Dios y mediante ésto salvar nuestra alma”. En el curso de la vida verá por experiencia cómo muchas penas, problemas grandes o pequeños, se solucionan con gran facilidad al recuerdo de esta verdad”. Desde el principio hasta el fin procuró que esas verdades, fueran la luz de su camino.

Con gran entusiasmo nos contaba cómo había comenzado su vida religiosa, todo le enecantaba, todo le entusiasmaba, todo le edificaba. Cuánto empeño ponía por aprender las ceremonias, la recitación del Oficio Divino, el desempeño de los oficios y trabajos del noviciado. Su tía era su Priora y su Maestra, gusto como nos decía, con gracia, que había tenido que pagar caro, pues se comprende que por un lado su Reverencia, valorizando las buenísimas cualidades de la postulante y por otro con el deseo de formarla muy bien, le exigía lo más posible: al poco tiempo ya no le perdonaba equivocaciones o distracciones en el recitar el Oficio Divino, en el que nuestra Reverenda Madre Ro-

sa, era un modelo consumado de devoción y de corrección. De cuántas advertencias que la humillaban y la confundían fué objeto desde los principios. “Luego decía encontré el medio de defenderme, con no mirar a su Reia, pero, si al rato me olvidaba y le dirigía la vista, infaliblemente me hacía una señal, para darme a entender que se había apercibido de mi error. Por otra parte ya sabía yo, que siempre se me adjudicaba el peor de los objetos, ésto como chiquilla que era, me costaba a los comienzos grandes sacrificios”. Su Reverencia con amor de Madre pero, Madre espiritual, procuraba moldear su alma juvenil.

NOVICIADO

A los tres meses, como entonces se acostumbraba, se fijó el felicísimo día para que la postulante tomara el Santo Hábito. Por el mal tiempo y lo delicado de su salud se vió privado de presidir la ceremonia, el querido fundador de la Comunidad Pbdo. Don Miguel Rafael Prado, a pesar que en una carta llena de paternal cariño, le ofrece hacer cualquier sacrificio, para asistir a tan gran fiesta, aunque llueva y truene le dice, espero estar allá para el día señalado. Pero el Señor dispuso otra cosa y el 24 de Julio de 1902, recibió el Santo Hábito en privado, imponiéndoselo nuestra Reverenda Madre Rosa.

Ya se encontraba la hermana María Angela, revestida de la librea de su Madre Santísima y cuánto la necesitaba, para recorrer protegida con ella, las etapas de su vida religiosa. Hasta aquí todo había sonreído en el exterior y también en el interior. En esta ocasión recibió una hermosa carta del Padre, que tanto se interesaba por ella y tanto conocía y preveía los caminos que, sin duda, recorrería su alma. “Hoy ya es hora de decirte dos palabritas de felicitación, de enseñanza y de consuelo. Celebro el placer que experimentas, en que se te hayan cumplido tus deseos, pero no estribes demasiado en esa felicidad que ahora sientes. Convéncete que nunca creciste tanta gracia y aprecia co-

no se debe inviolablemente esa fuente de inagotables beneficios. Porque en la religión encontrarás todo lo bueno.

“No olvides que Jesucristo padeció mucho; Santa Teresa no padeció poco; y ¿San Juan de la Cruz? y Santa M. Magdalena de Pazzis? y la Beata Alacoque? Pónlo entre tus apuntes... “Tienes que sufrir mucho, porque Dios te quiere mucho, porque te desea muy santa”... No olvides que la santidad en la religión consiste en desear y procurar ser despreciada; en desear y procurar ser olvidada; en desear y procurarse sufrimientos... esto vacía el corazón de todo lo terreno y aquilata todo nuestro ser. para la más perfecta unión con Dios. Pero no te desanime el sufrimiento. Tienes un Esposo Crucificado. El regalo del sufrir en este mundo. son las delicias y dulzuras de Jesús y la sobre-abundancia de un gozo cuyo conocimiento no alcanzan los mundanos. En el otro mundo. tú sabes, como se paga el padecer... En los ratos de tristeza pasa un momentito en el Huerto de los Olivos, con tu querido y triste Dueño y repasa los versitos de tu Santa Madre:

“Nada te turbe, —Nada te espante—, Todo se pasa, —Dios no se muda—.

La paciencia, —Todo lo alcanza—; Quién a Dios tiene — Nada le falta:

SOLO DIOS BASTA”.

Bueno sería que como ella los llevaras en tu Breviario...”.

Quien se atreve a hablar así a una joven de 20 años. es porque sabe y conoce de lo que esa joven es capaz.

De su año de noviciado nos queda el recuerdo sencillo y cariñoso de las que entonces la conocieron, sin nada en el exterior que la diferenciara de las demás. En los ratos que le dejaban libres sus obligaciones del noviciado, pasaba laboriosamente ocupada, en bordar para la sacristía obras de verdadero mérito, que hasta hoy se conservan. En las recreaciones alegre, con todas

cariñosa y condescendiente, muy empeñosa en aprender sus obligaciones y en prepararse para el desempeño de sus oficios: procurando aprovecharse de todas las enseñanzas que recibía, aspirando, como lo aspiró hasta el fin de su vida, de impregnarse ampliamente del espíritu de su santa Orden, a la que iba amando y apreciando cada día más y más. Su alma se había abierto por entero a su Madre Priora, sin duda su Rcia. por mucho que creyera conocer a su sobrina, tendría grandes sorpresas al penetrar en el hermoso santuario de su interior y este conocimiento, la movería sobre todas las otras cualidades, a cultivar con el mayor esmero posible, como siempre lo hizo, el precioso tesoro que Dios y su hermana le habían confiado. La novicia, por natural tan reservada, en su Rev. depositó absolutamente su alma, según ella misma lo decía y ¡cuánto necesitaba de su ayuda! Sin duda no habremos olvidado que había alguien que se oponía con toda la inmensa fuerza de su poder, a que esta alma, a quien consideraba como su terrible enemiga, fuera recorriendo este camino, cada paso de esta vocación, era para él una terrible derrota. En un momento de intimidad muy grande, pocos días antes de dejarnos, la Madre levantó un poco el velo y recordó las espantosas batallas que durante este año tuvo que sostener.

Noche a noche, decía, el demonio me venía a combatir en la forma más violenta y más tenaz: ¡cuánto sufría! no supe en todo ese año lo que era el dormir ni el descansar. Su grande, su único empeño era hacerme salir y al ver que no lo lograba, me hacía terribles juramentos, que él conseguiría en cualquier forma arrancarme del Carmelo, aunque tuviera que remover el mundo entero. Pero... no logró su intento y así entre los días corrientes que nadie adivinaba en la novicia, nada de especial y entre estas noches, según decía su Rcia. de amarguras indecibles, corrió el tiempo del noviciado y llegó el soñado día de formular sus santos Votos.

PRIMERA PROFESION

El 29 de Septiembre —San Miguel Arcangel— con ocasión de ser el onomástico del fundador Pbdo. Don Miguel Rafael Prado. fue el día elegido para la profesión de votos simples perpetuos. de la hermana María Angela, a los que entonces se les daba todavía la mayor solemnidad, efectuándose en ellos la imposición del velo negro. Hermosa fué la fiesta. todo se reunió para acompañar a la querida y feliz hermanita.

Ambas familias, la religiosa y su familia del mundo, rivalizaron en demostrar su cariño. procurando que en esta fecha tan memorable. todo fuera felicidad junto a la humilde Carmelita, que solo aspiraba a darse total e íntegramente a su Dios. Con que fervor se prepararía, ésto sólo lo saben los ángeles a quienes había escogido por modelo. lo sabe su Madre Santísima del Carmelo. a la que sin duda se confió para ser adornada por su misma mano y ofrecida por su Corazón Maternal, al Divino Esposo de su alma. Si hubo mucho regocijo en ese día en este Carmelo de la tierra, piadosa y casi seguramente, podemos pensar que lo hubo y mucho más. en el Carmelo del Cielo.

La ceremonia la presidió el Pbdo. Don Miguel Rafael Prado. el Padre Prudencio. Carmelita. pronunció un hermoso sermón alusivo a la tierna ceremonia y otros Padres y Sacerdotes realzaron con su presencia esta festividad religiosa.

Su madre. algunos de sus hermanos y otros miembros que le eran muy queridos de su familia. vinieron a Talca a estar junto a ella, en ese día tan grande y tan feliz de su vida. Hubo muchas flores, cánticos. música y también muchas lágrimas de emoción.

Dejenios nuevamente la palabra al Rdo. Padre Arturo, que cual el padre más amante y el vigía más experto, velaba sobre ella. desde esa grande altura espiritual en que vivía, y a la que quería llevar, a toda costa, a su discípula y hacerla subir. si posible le fuera, a la cima más alta de la vida en Dios.

Le dice en esta oportunidad: "Como no ignoras cuanto deseo tu bien, no te admirarás de que me haya alegrado en el alma, por tu entrega total y perpetua a Quién siempre te ha distinguido. Amor con amor... penas con penas... ¿Queremos ser coronados de rosas cuando nuestro Jefe está coronado de espinas? (San Bernardo). Esas rosas con que te obsequiaron tus hermanas el día de tu muerte, fueron las últimas de tu vida. La música, saludos, bombos, platillos etc., la despedida última que el mundo te dió, para no acordarse más de tí y dejarte en paz, como la abejita, labrando el panal de tú santificación. Manos a la obra... hacerlo todo por Dios... evitar con suavidad hasta cualquier asomo de imperfección".

Le da un último y eficaz consejo: "Sé muy amante de la pobreza, pero nó escrupulosa. Mucho me temo que en el cumplimiento de tus votos vaya a haber algo de eso. Delicadeza sí, escúpulos nó".

Bien armada entraba la nueva religiosa, a ese gran período oscuro y laborioso, que marca el final del noviciado y va comenzando de lleno la vida claustral. Período de sacrificio, de renunciamento, de abnegación diaria. Período en que Dios destruye todo lo que del mundo queda en el alma y en que procura ponerla en la verdad. Dejémosla a ella que nos diga como va obrando Dios.

"Juzgo dice, que al pedir en el acto tan solemne de la profesión "la misericordia de Dios" es porque la Carmelita comprende que para serlo verdaderamente tiene que bajar a lo sumo de su "NADA", comprende que es "nada" y por eso pide la misericordia de Dios. Cuando un alma ya se cree "nada" y está contenta con ser "nada" me parece que ha llegado a lo sumo de la humildad y que entonces está en la verdad, porque realmente ¿que somos?... NADA... entonces se puede esperar que Dios

Nuestro Señor lo será TODO, su misericordia la cubrirá completamente... ¡Ay! nunca olvidemos que toda nuestra grandeza está en la humildad de corazón. Nada seremos a los ojos de Dios, ni nos atraeremos sus gracias si no somos humildes...”

Sí, bajar al abismo de su nada, fué adonde concentró todos los esfuerzos de estos primeros años de su vida interior y por este medio, ir creciendo en la humildad. Dios derramó sobre su alma copiosas luces, intensificando su propio conocimiento, en forma que llegó a ser su mayor martirio. Se consideraba la nada más pecadora, la miseria misma y ésto con una humildad y una sinceridad tan verdadera que admiraba. Pero a pesar de juzgarse tan pobre y por eso mismo, con qué esfuerzos trabaja en su santificación, como la abejita laboriosa, que se le dió por modelo. Con ese trabajo silencioso y oscuro se dispuso para llegar a la cumbre de la vida religiosa: la Profesión Solemne.

Desde entonces comenzó su ascensión por la montaña del Carmelo. Seguiremos sus pasos con veneración, con cariño, con respeto. Subió muy alto, porque supo bajar muy hondo. Si la queremos encontrar,, durante toda su vida, la tenemos que buscar ahí. En el secreto de su humildad, supo tejer prolija su capullo y guardó en él lo más precioso de su interior, hasta que lo rasgó la muerte y nos la mostró hermosa como era, ante los ojos de su Dios. Aspirábamos el perfume de su alma, pero no veíamos la flor.

Con el velo simbólico, que la joven profesita recibe el día de su Profesión, que bien se supo ir ocultando, desapareciendo, velándose a los ojos de la tierra y sobre todo a sus propios ojos. Ahí está el secreto de toda su grandeza. Supo bajar sinceramente, como ella dice, hasta el fondo de su nada, y fué en verdad humilde de corazón. Su alma pura, su virtud verdadera, su inteligencia clara, su fidelidad constante a las luces de Dios, le revelaron desde el principio la doble fase de la jornada que debía emprender. Miró hacia la tierra y se encontró con la realidad, con la realidad humana, que todo hijo de Adán debe recorrer,

eso sí, que encuadrada en un precioso marco, de recogimiento, de silencio, de ambiente de pureza, de santos ejemplos. Pero realidad de sacrificio, realidad de abnegación, realidad de trabajo muchas veces esforzado. Virtud que reclama diariamente vencimientos grandes y pequeños; debilidades, cansancios, y también caídas... Esmaltando este camino, inocentes goces, alegrías sencillas, pequeños gustos en el diario vivir.

Mirando hacia el Cielo, sus ojos se encontraron con la sublime realidad de un Dios que ofrece sus tesoros, de un Dios que llama a vivir en intimidad con El, de un Dios que no se deja vencer en generosidad. Y comprendió que tenía que aunar estos dos caminos. Dios se le daría en su amado Carmelo, en la medida que sus pies recorrieran los senderos del sacrificio y de la virtud vivida. Y no trepidó en emprender la marcha y no se detuvo hasta el instante mismo, de su último paso del tiempo a la eternidad.

Llegó el momento en que su Comunidad reclamaba de su Caridad, su actividad exterior, comenzando a confiarle la obediencia uno a uno todos los oficios que dentro de ella se ejecutan. La inició en su desempeño, con solicitud vigilante nuestra Rda. Madre Rosa, procurando enseñarle ese cuidado, orden, perfección, con que su Rvcia. los cumplía, inculcándole el espíritu de fe, mirando ante todo agradar y servir a Dios en su fiel cumplimiento. Al examinarse sobre ellos se pregunta "¿soy abnegada, tengo pureza de intención? ¿soy puntual, caritativa, paciente, económica, ordenada?" Y así logró serlo. Con toda fe sus Preladas le podían confiar los oficios, seguras de su tino, discreción, prudencia, espíritu de sacrificio, de caridad, abnegación. No se prestaba, en ellos se daba a su Comunidad, pensando que como religiosa debía y tenía que cumplir con más perfección, que en ninguna otra parte, la ley del trabajo. Los desempeñaba con cariño, como después enseñaba a hacerlos. Encontramos entre sus

propósitos: “Perfección en el cumplimiento de mis oficios, debo considerar que para mí ahí está la Voluntad de Dios, ahí donde El quiere que le sirva y glorifique, aunque sea muy bajo y de muy poca importancia. Cuando me los confiën, los primeros días pasaré a ratos, a los pies de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen, pensando cómo debo cumplirlos, en las dificultades que me puedo encontrar, las licencias que debo pedir. Evitar las pérdidas de tiempo y las dejaciones. Evitar también las tareas que me son muy perjudiciales para el alma, para evitarlas ser prevenida, así conseguiré no perder la paz ni el recogimiento”.

PLENA VIDA RELIGIOSA

En esta vida corriente de trabajo abnegado, de piedad fervorosa, pero sencilla, de apacible carácter, de bondad, de espíritu de recogimiento, de amor a la observancia, a sus santas Reglas, la vieron sus hermanas llegar a la cumbre de su entrega a Dios. Al cumplirse los tres años de su profesión primera, el 2 de Octubre de 1906, día de los Santos Angeles, selló su vida, con su Profesión Solemne. Esta se efectuó en privado para el mundo; pero comunicó a su alma toda la fuerza que da lo estable, se sintió para siempre arraigada en Dios y en el Carmelo.

Nada debería detener su marcha. Tenía una salud delicada, casi se podría decir frágil, pero eso no le importó, su gran espíritu la sostuvo desde el principio hasta el fin; daba cuanto podía, siendo enemiga de cuidados, de atenciones, de demasiadas preocupaciones. Comprendió que si no se esforzaba no le sería posible sostener la austeridad de vida, más aún, buscó en ese esfuerzo, la resistencia que en su débil naturaleza no encontraba y se hizo fuerte, en medio de sus diarios achaques, que la acompañaron todo el curso de su vida. Creo que sin exagerar, se puede decir, que en este punto fué verdaderamente heroica; pero con ese equilibrio que la caracterizaba, supo también recibir y tomar los alivios que la obediencia y la razón le prescribían y esto con

sencillez, con naturalidad, pero con delicadeza grande de conciencia. Su delicada salud, nunca le fué obstáculo en su camino de santificación, sino fuente abundante de mortificación.

Día a día iba la Comunidad apreciando y aquilatando las cualidades y dotes que en la hermana María Angela iban resplandeciendo, su buen juicio, tranquilo, recto, claro, su criterio bien formado, su espíritu religioso, su amor a la vida interior. Bien podían confiarle, aunque tan joven, responsabilidades y le entregaron a los pocos años de su profesión solemne, la formación de las hermanas de velo blanco, cuyo noviciado hacían entonces separado del de las novicias de Coro. Se dedicó a la atención de las almas que se le entregaron, con el empeño que en todo la caracterizaba; siendo su formación a la vez un ensayo y como un noviciado para ella misma, que la preparaba para la delicada y larga misión, que el Señor le destinaba en el porvenir. Oficio que cumplió con plena satisfacción de la Comunidad.

En 1916 fue elegida Subpriora, cargo que desempeñó con mucha prudencia y con esa bondad y tino, que eran innatos en su Reia. Poco a poco había ido siendo una colaboradora eficaz de su Prelada, que ya no miraba en ella, a la novicia que debía formar y corregir, sino a un apoyo, a un alma en la que podía descansar y en la que se podía confiar.

Pero estas muestras de aprecio, de cariño, de confianza, que en el curso de su vida fué recibiendo, no detenían su corazón, lo alentaban, lo sostenían, sí, pero no lo amarraban a nada de la tierra.

En el diario vivir, según como el Señor iba sembrando su camino y ahondando los cimientos de su santificación, encontró también penas, sacrificios, espinas, que clavarón hondo en su delicado corazón. Pero sabía muy bien que era esposa de Cristo Crucificado. Al entrar la primera vez que se encontró frente al Carmelo, al quedar sola, en el silencio de su celdita, sus ojos

vieron pendiente en su pared, una cruz grande de madera desnuda. Cruz que nunca dejará de ver ahí, porque es su Cruz: la Carmelita sabe que desde ella, debe subir al Cielo, en reparación y expiación su vida entera. El ¿cómo?... Jesús lo escogerá para cada una. “Feliz el alma, dice ella, si en las cosas ve la mano de Dios, en las personas la imagen de Dios, en los sucesos y acontecimientos el plan y orden de Dios”. En otra parte: “Sufrir, sacrificarse, inmolarse, ser una hostia inmaculada por la salvación de las almas, esa debe ser la vida de una Carmelita. Debe una Carmelita transformarse en una imagen viva del Crucificado. El Carmelo debe tomar una parte muy grande en la salvación del mundo, por medio de su vida de oración, contemplación y de sacrificio.

“Cuán necesario es aprender a SUFRIR BIEN, esto es muy necesario en el Carmelo”. Así supo nuestra hermana cargar animosa, a pesar de la timidez grande de su carácter el peso de su Cruz, ya fuera que se le presentara en forma visible, por el lado de la tierra, o que pesara sobre su espíritu por dolorosas purificaciones de parte de Dios o por tentaciones del enemigo. Pero el sufrimiento, que no la abandonó en todo el curso de su existencia, no retardó su paso, ni interrumpió su camino.

Así como el aprecio y el cariño la sostuvieron y la alentaron, los dolores, moralmente la fortificaron y la cimentaron profundamente en Dios; pero no la ensimismaron ni detuvieron: bien sabía que eran sólo un medio y el más eficaz, para llegar a su grande y única aspiración “su unión con Dios”. En ella concentra toda la fuerza de su espíritu, toda la energía de su carácter, todo el fuego de su corazón. Sigámosla tomando sus apuntes, tal como iban naciendo de su alma al contacto de la acción de Dios, sólo así, la podremos conocer tal cual su Rcia. fué.

VIDA INTIMA EN DIOS

Comienza la víspera de un mes de María haciéndole un desafío a la Santísima Virgen.

“Mi dulcísima Madre hago con Vos el siguiente desafío: Yo Madre por honraros guardaré silencio. Vos Señora me ayudaréis y daréis gracia para ello.

“Yo Madre por honraros haré esfuerzos por cumplir y ordenar mis prácticas de piedad, Vos Señora me iluminaréis y ayudaréis.

“Yo, Madre, por honraros, principiaré a abandonarme confiada y amorosa entre los brazos de Jesús y los vuestros. Vos Señora, estaréis ahí para alentarme y dirigirme.

“ Yo os desafío Madre a amaros y Vos a favorecerme.

“ Yo a servirlos y Vos a darme gracias.

“ Yo a ser vuestra y Vos a ser mía.

“ Yo a ser vuestra hija y Vos a ser mi Madre.

“¿Cuál de las dos ganará oh Madre?... Si yo, Vos me pagaréis con darme a Jesús. Y si Vos ¿qué podré yo daros a Vos Madre mía? Os entregaré mi alma y mi vida”.

“ Jesús mío, amor mío tened piedad y misericordia de mí. Yo me entrego Señor a tu amor, quiero y propongo vivir en intimidad con Vos... ¡Oh mi Jesús quién pudiera decir con verdad “Mi amado es para mí y yo para mi amado”!...

“Jesús sin Vos yo no puedo vivir, daos Señor a mí y atine yo a darme a Vos.

“Mi examen será el recogimiento, andar con porte exterior recogido. El silencio. No hablar más que por caridad o necesidad. Para aprender a guardar silencio y hablar prudente y santamente, debo tomar la siguiente costumbre: siempre que hable o conteste hacerlo con reflexión, como quién se dirige antes a Nuestro Señor, para que así mis palabras sean según su Santísima Voluntad. Apuntaré como falta, siempre que me falte esta reflexión, aunque no faltare en lo que hablo, porque es muy necesario que me acostumbre a ser reflexiva.

“Mi gran propósito: “Intimidad con Jesús” para cumplirlo

propongo: en la mañana temprano recogerme intensamente en el interior, repitiendo este acto varias veces en el día. Ahí en el interior buscar a Jesús, con dolor de haberle ofendido, con amor, con ansias, con ternura, con intimidad, con confianza, con ardor, con gemidos, con lágrimas, con suspiros. Entreteneme con El, conversar con El, rogarle, suplicarle, clamarle... El Espíritu Santo ora en nosotros con gemidos inenarrables.

“¡Oh María Angelá! que estas palabras las reduzcas a la práctica: ¡SOLO POR EL EXISTO, SOLO PARA EL EXISTO!... y si eres fiel podrás exclamar al fin: ¡POR EL EXPIRO!

“Y a tu Madre ¿la olvidarás? ¡Oh no! después de mi Amado, Vos seréis mi Amada.

“Hoy Señor, me doy toda a Vos, no sabré decir lo que mi alma siente!... “Oh Jesús no os canséis de esperarme. ¡Oh amor como podré resistir a las ansias que mi alma siente por servirte!... ¿Cómo soy tan dura?

“Al comenzar mi oración hacer un acto profundísimo de fe en la preseneia de Dios. Este acto de viva fe me es muy provechoso para recoger mi alma. También lo es cuando trato de avivar mucho la fe, por ejemplo en cualquier misterio de la vida o pasión de Nuestro Señor, pasar de la Santa Humanidad a la Divinidad dejando que mi alma se penetre, se admire hasta quedar si es posible estupefacta, al contemplar un Dios Niño, un Dios abriendo su boca divina y saliendo de ella áquellas enseñanzas, aquella palabra de perdón, de amor, de misericordia.

“Un Dios azotado... crucificado... muerto,...

“En los misterios de la Santísima Virgen mirarla como Madre de Dios...

“A nuestro Padre San José, esposo de la Madre de Dios.

“Este espíritu de fe en los grandiosos misterios que se celebran es lo que más me ayuda a oír la Santa Misa, oírla al pie de la Cruz con mi Madre. Unión con mi Jesús que se sacrifica... que muere” Jesús que entra en mi corazón... En estos dos actos, la Santa Misa y la Sagrada Comunión, unión más que

nunca con Jesús, con El adorar, dar gracias, pedir perdón, rogar...

“Durante el Oficio Divino unión con mi Jesús que ora en el Santísimo Sacramento... Unión con la Iglesia triunfante... sobre todo en las grandes festividades. Cuanto recoge mi alma, pensando por ejemplo, en la Octava de Corpus, cómo estará la Iglesia triunfante inclinada hacia la Iglesia militante adorando la Hostia Santa. En las festividades de la Santísima Virgen, pensar cómo llegará al Cielo el eco de las alabanzas de la Iglesia de la tierra a unirse, sí, a unirse y formar una voz con las alabanzas de la Iglesia triunfante y ¿por qué no creer también, con el gemido resignado y amoroso de la Iglesia purgante?... Y entre esa inmensa voz se oirá también la mía... aunque pobre, aunque indigna.

“VIVO YO, MAS NO YO, CRISTO VIVE EN MI”. Este es mi deseo, aquí es donde quiero que vayan todos mis esfuerzos, para conseguirlo quiero vivir en Jesús y que Jesús viva en mí. Mi corazón es la morada de Jesús, El en mí y yo en El.

“Paz y tranquilidad para mi pobre corazón. Al cumplir mis prácticas, procurar que no cansen mi alma, sino con tranquilidad como una música suave y melodiosa que canta al lado de Jesús... Su amor... su gloria... formarán esta melodía. Estrecharé muchas veces el Santo Crucifijo, recordaré que lo tengo como un sello sobre mi corazón”.

Pero esta hermosa alma a medida que se iba dando y acercando a su Dios, iba penetrando por los grandes caminos de la purificación. Al dar cuenta de los trabajos que su alma sufría en esta época dice: “Quiero hacer a Dios una entrega total de todo mi ser, en un acto de perfecto abandono, no habría dicha semejante a la de vivir en ese abandono, convencida que nada me pasará sino lo que Dios quiera; que en mí se cumplirá la voluntad de Dios, que El obrará en mí como en cosa absoluta-

mente suya. Pero este abandono y confianza que yo quiero tener, es combatido tan atrozmente, no es que dude de la bondad y misericordia de Dios, ni de su poder, toda la dificultad proviene de mí y por mi culpa, me siento tan lejos de Dios, a veces tan espantosamente abandonada de El, con una montaña de pecados sobre mí, que más me parece que la ira de Dios puede descargarse sobre mí que nó su misericordia, me muero de espanto y de miedo. En cuanto me sucede, me imagino que es la ira de Dios que ya va a caer, y como desatentada buscó amparo fuera de Dios... Todo esto me aturde y me deja sin ánimo para nada; aunque también creo que estas penas me son de provecho. más es el caso que yo no sé cómo poderme sostener firme, en medio de tanta tempestad.

“Veo claro que necesito arraigar en mi alma la fé y la esperanza; pero no sé como hacerlo, cuando me parece que me arrebatan estas virtudes... Si por mis pecados Nuestro Señor permitiera que todo el infierno se levantara contra mí y que las creaturas estuvieran en mi contra, que a Nuestro Señor no lo sienta, que parezca rechaza mi oración, que mis penas no las acepta, ¿podré a pesar de todo decirle con inquebrantable confianza que El sea mi refugio?

“Estas tempestades son días muy amargos pero que pasan. En el fondo de mi alma encuentro después mayor paz, conformidad con la voluntad de Dios, creo y espero en El y un amor intensísimo hacia Nuestro Señor, con deseo de amarlo sólo por ser quien es, aunque nunca se acordara de mí. Pero a mi corazón no lo puedo hacer salir de su cruel incertidumbre, a mi Dios no lo encuentro. Es cosa rara, de mil maneras lo siento, pero no lo puedo hallar. Comprendo que hay un Cielo, para las almas puras y llenas de amor, pero parece que ese Cielo jamás llegará a ser mío”.

Entonces se la alentaba y se la dirigía más que nunca a la confianza y al amor. Se le decía: “A ojos cerrados y de todo corazón déjese y abandónese a la amabilísima voluntad de Dios.

aunque no lo encuentre y no lo sienta; consigo lo tiene más presente que a sí misma. Permanezca firme y espere que se desvanezcan esas polvaredas y tempestades. Respire cada día más y más en la atmósfera de la confianza. Déjese en las manos benditas de Dios que la está PURIFICANDO y TRANSFORMANDO”.

Eficazmente se la conducía a emplear su vida en el edificio de su propia santificación, que no temiera aspirar muy alto, que estaba llamada a una santidad muy elevada, que desplegara sus alas y que volara sin temor.

Ella responde y dice en sus apuntes: “A tanta misericordia ¿qué podré decir? Confieso que soy la más miserable creatura, pero sobre la base de vuestra gran misericordia, de vuestro amor no desmentido, QUIERO SANTIFICARME. En las penas que han caído sobre mí, Tú Señor no me has abandonado, sino que me has amparado a fin de que no me perdiese... Todo ha sido Señor mío, para que entrando dentro de mí confiara sólo en Vos. que sois el único que podéis salvar a la pobre creatura... Quiero principiar mi santificación ¿qué hacer Señor, qué hacer Jesús Esposo y Padre de mi alma? Me abandono en vuestras Manos con entera y filial confianza. Guardadme como a vuestra hijita. guardadme en vuestro dulcísimo Corazón.

“Unión con mi adorado Jesús, en El pensaré, a El buscarán continuamente los ojos de mi alma atrayéndole a mí con miradas de amor, de arrepentimiento. con mirada sencilla, como de paloma. A El acudiré en todo y si viene a aterrarme el demonio. le haré frente... ¿qué tiene que ver él conmigo? Aunque tuviera todos los pecados del mundo ¿qué son ante la hoguera del Amor Infinito? En ningunas manos estoy mejor que en las de Jesús. en ningunas más segura... Fomentar el amor filial, me entregaré al Amor Misericordioso... Mi Santa Teresita me enseñará esta ciencia”.

“Como en ninguna parte me puedo unir más real y verdaderamente a Jesús, que en la Sagrada Comunión. ella será mi preocupación constante día y noche. Preparar mi corazón a Je-

sús. retenerlo en él, darle gracias por haber venido ¡oh qué dulce ocupación! Es tan fácil contentar a Jesús... es tan sencillo engañarle... robarle el Corazón.

“Propongo imitar las virtudes del Corazón Dulcísimo de Jesús; su dulzura, su mansedumbre, su sencillez, su caridad. No quiero faltar a la caridad en nada, ni en pensamientos, ni en palabras, ni en obras. Sencillez en mis juicios, a fin de que cuando mire a Jesús, El vea en mi mirada ojos de paloma, pero si miro y juzgo maliciosamente, entonces El no verá en mí, ojos de paloma... Repito, humildad, mansedumbre, paciencia con todas y una santa alegría.

“Propongo ensanchar mi corazón por la confianza y el abandono en las manos de Dios. Estar en lo que estoy, tranquila, pacífica, sin apocamientos indignos de un alma que vive confiada en Jesús y todo lo espera de El. Sin mal humor, con mucha humildad, sin una sombra de arrogancia.

“YO SOY DE DIOS, VOY A DIOS... TODAS LAS COSAS SON DE CRISTO Y CRISTO ES MIO”.

El Señor no se deja vencer en generosidad, trabaja e ilumina el alma de nuestra amada hermana, en la medida del ardor con que ella le busca y se le entrega. Dos grandes fuegos purificaban y aquilataban su espíritu, un amor intensísimo a su Dios y una gran luz de su propia vileza. Sabia, hermosa y atinadamente la aconsejan y la dirigen en los caminos de su vida espiritual. Permítasenos copiar los consejos que recibe, pues ellos revelan mejor que cualquier comentario el estado de su interior. Se le dice:

“Sentir en el fondo del alma un amor de Dios inexplicable y a la vez vivir como desterrada y muchas veces sentirse como rechazada de El, es propio de la acción de Dios que atrae y purifica, que deja entrever su hermosura e inefable perfección y con la misma luz, hace que el alma se vea de reflejo

enteramente pobre, miserable e indigna de tan grandiosa Majestad, y de tanta Pureza como es El. Ese sentimiento de horror de sí misma y de huír corresponde a la pobre alma. Pero el mismo Señor, quiere que miremos más y contemplemos de lleno su hermosura infinita, templados sus rayos y suavizados por el velo de su Divina Misericordia: Nos permite acercarnos a El con confianza y sin temor, y a la misma Trinidad Augusta y al Hijo de Dios, cuyo trono de misericordia es la Santísima Eucaristía, donde despojado de todo su ser exterior se oculta en absoluto, tan suave, tan misericordioso, tan divinamente amable, que nadie puede excusarse de ir a conversar con El, a consolarle, a vivir con El, de El, y para El.

“Conclusión: abandonarse con íntima confianza en Jesús. Con El ofrecerse como víctima por sus pecados y los del mundo al Eterno Padre, resignada, humilde y generosa, con gran pureza de intención y deseo vivo de hacer en todo la voluntad de Dios.

“Nada importa que Ud. en la oración sólo mire a Nuestro Señor, con amor intenso y gran luz de su propia vileza. Aunque vea en sí una infinita indignidad si se entrega toda a Jesús. El la remediará”.

Ella responde con las palabras de nuestro Padre San Juan al que tanto amaba y tanto leía. “¡Oh esperanza del Cielo que tanto alcanzas, cuánto esperas!

“Consecuencia no poner límites a mi esperanza; mientras más miserable, más destituida, menos merezco los bienes del Cielo, la misericordia de Dios: por lo tanto mi recurso será, agrandar, dilatar la confianza.

“Las horas desesperadas son las horas de Dios, dice un santo. ¿qué cosa más desesperada puede existir para una pobre alma, que ver sus inmensos pecados, los años perdidos, las gracias divinas que no han fructificado, los años que vuelan, la eternidad que se acerca? En medio de estos tristes pensamientos nos queda esta verdad: “El amor misericordioso de Jesús que

no tiene límites"... Ella sola basta... Sí, las horas desesperadas serán las horas del "Amor Misericordioso".

¿Quién no oye con emoción estos sinceros afectos de su alma? Pero no tenemos que olvidar, que ahí, la tenemos que buscar siempre, en el abismo de su humildad, todo, absolutamente todo, la hace penetrar más hondo en él.

Su Dios y su Señor al verla ahí tan profundamente asentada, no temía irla internando más y más en su íntima unión. Oigámosla describir el estado de su alma.

"Siento a Nuestro Señor Jesucristo muy cerca de mí, me siento como penetrada por El, parece que siempre le tengo a mi lado. Es mi compañero dulcísimo y amorosísimo que no me falta, continuamente nos miramos, sobre todo El parece que no aparta sus ojos de mí. Me siento amada de El y a mi vez lo amo intensamente.

"En la oración lo que me es más fácil hacer es ésto: parece que mi alma se arroja en un mar, que en vez de ser formado de agua lo fuera de amor. Ahí puedo amar intensamente, parece que respirara solo amor, todas las potencias de mi alma parece están ocupadas en solo amar. A intervalos miro algún misterio de nuestra Santa Religión; pero con una mirada simple y corta para volver más encendida a sólo amar.

"La fidelidad que de mi parte tengo que poner, es solamente una gran paz, un gran silencio interior y soplar el fuego cuando se va extinguiendo, con miradas simples, cortas y suaves... No sé si estoy en una equivocación, pero lo cierto es, que me siento muy unida a Nuestro Señor y esa unión, me hace obrar en mis relaciones con El en esta forma.

"Le entrego mis pensamientos, palabras, obras y deseos; realmente no quiero tener nada; en esto no hago un esfuerzo, es una necesidad cuya realización forma toda mi felicidad. Le digo: "Jesús mío te entrego mis obras, pensamientos y deseos, yo quiero desaparecer por completo para que solo Vos, viváis en mí". Realmente me siento como que no fuera yo la que vivo, si-

no Jesús en mí. Pero cuando me veo caer en tantas imperfecciones que son muchísimas las que cometo, no sé como esto pueda ser. Tengo en mi favor que no hago las paces con mis faltas, y me conozco tanto a mí misma, que no vivo satisfecha de mí, sino por el contrario sumamente quejosa y me creo muy malvada como en realidad lo soy. Tiemblo al mirarme a mí misma, el conocimiento propio que tengo es terrible y desgraciadamente muy verdadero.

“Otro gran asunto es para mí la oración de súplicas. Me parece que los intereses de Jesús son mis únicos intereses: que El sea AMADO... que El sea GLORIFICADO... que El REINE... son en mí como ideas únicas. Paréceme que estos asuntos fueran la actualidad del día, que esto es por lo único que se debe vivir preocupada y me parece que todo cuanto sucede Dios Nuestro Señor, no lo encamina más que a ésto “SU GLORIA Y LA SALVACION DE LAS ALMAS”. Decir en qué forma me siento ligada a estos intereses de Dios, no me sería posible explicarlo: pero todo es con paz, sin celos indiscretos y muy secreto. Creo por la forma como me pasa esto que es Nuestro Señor el que ha encendido en mí este fuego y que me ha hecho como socia Suya, en los asuntos de su Gloria.

“Mi manera de pedir es en forma muy simple. Por ejemplo, al pedir por la Patria digo: “Jesús mío, te pido por Chile, me uno a Ti para pedir por él”. Cuando ruego por personas particulares o por intenciones especiales lo hago así: “Jesús mío, te entrego a tal persona, te entrego tal intención”. Otras veces ni siquiera pido sino únicamente miro a Jesús y al mirarle, parece que El lo viera todo, lo penetrara todo, es decir, el conjunto de neccidades, las almas todas, todos los intereses de Dios Nuestro Señor, todo lo del mundo entero y aunque todo lo comprendo en conjunto, es como si fuera también en detalle y así con esa vista espiritual tan abarcadora, le digo a Nuestro Señor: “Jesús, mío me uno a Vos” y al decirle así, parece que Jesús me lo comprende todo.

Y esta alma pregunta: “¿Podré con este modo de rogar, glorificar mucho a Dios, ganar muchas almas? ¿Será un buen modo de rogar?”

Se le instruye y contesta en esta forma: “Es un modo muy bueno, divino y el mejor para pedir y obtenerlo todo. Es que Jesús ora y pide sin cesar por nosotros, para nosotros y con nosotros y no hay medio mejor que fundir nuestra pobre petición en la Suya Divina”.

MAESTRA DE NOVICIAS

Primer Período.

Interrumpamos un poco la vida de su interior, para seguirla en el curso exterior de su vida religiosa. Bien preparada veía el Señor a la hermana María Angela, en el correr de estos años, para confiarle la delicada misión, de Maestra de Novicias. En el año 1920, sus Superiores le entregaron la formación del Noviciado.

Amplio campo se abría ante ella, para trabajar con toda la fuerza de su espíritu, con todo el ardor de su corazón y con toda la abnegación de su virtud, en la grande obra de formar las nuevas esposas de Jesús. Su primer cuidado fué pedirle a la Santísima Virgen que Ella fuera la Maestra, la Reina y la Madre del Noviciado, apoyada especialmente en su Madre del Carmelo, comprendió su nueva misión. Le pidió a Ella, la enseñara y la guiara para poder atinar a cuidar y hacer fructificar, las nuevas plantas que del mundo transplantara el Señor. a los vergeles del Carmen, le pidió también, que hiciera su corazón semejante al Suyo, es decir profundamente maternal.

Al darle este delicado cargo deja entre sus apuntes como único comentario, los consejos que da en una carta el santo Obis-

po de Orleans, a la Reverenda Madre Teresa de Santa Genoveva, al ser nombrada Maestra de Novicias del Carmelo de Poitiers. Le dice así: “Hablemos de vuestro empleo, él es de una gran importancia. La primera cosa que debéis hacer es dirigiros a Dios, con confianza y pedirle bendiga vuestros trabajos; la segunda es de ser amable con vuestras novicias y ganar su confianza y su corazón; la tercera usar de una gran destreza, para adivinar el fondo de las almas, las inclinaciones del corazón; sobre todo los caracteres, pues el carácter es la fuente del bien y del mal; la cuarta es de ser de una admirable dulzura e imperturbable paciencia, escuchando todo sin mostrar jamás inquietud; la quinta conducirnos en todas las cosas con gran regularidad y humildad”.

Grande y poderosa influencia tuvieron estos avisos para orientarla en su nuevo camino, al leerlos se encuentra como la clave de lo que incansablemente se la vió ser.

Como siempre se puso su Reverencia ante todo, frente a frente a la verdad y dice estas palabras para definir su nueva situación: “El oficio de Maestra de Novicias es oculto y por lo tanto así debe ser la vida de la que lo desempeña. En el silencio y en la humildad es donde debe trabajar para unirse a Dios; para así hacerlo reinar en su propia alma y en las que dirige”.

La joven al llegar del mundo, lo primero que encontraba al franquear las puertas del Noviciado Carmelitano, era un corazón amplio, profundamente maternal, una sonrisa de tanta bondad, que era como un bálsamo que caía sobre ella en esos instantes, en que gozos y dolores profundos, se agitaban en su interior y sentía que tendría una madre, una madre buena, en esa religiosa que veía ante sí: repetía su nombre y mirando a la que sería su Maestra, no dudaba, desde entonces, que también sería el Angel tutelar de su vida religiosa. Y al correr del tiempo cada una que le fué confiada, pudo sentir cuán cierta era, esa primera impresión que sintió al conocerla.

Ampliar los corazones, abrir la confianza por una santa y sana alegría; que las jóvenes se sintieran en la Casa del Señor

y en su casa, entre la familia del Señor y en su familia, para ayudarlas a aclimatarse así, en su gran cambio de vida del mundo al claustro, era su primer empeño. Viéndolas alegres y contentas sabía que tenía ganada la mayor parte de la batalla.

Se mostraba desde el principio, sencilla, afable, modesta, era su primera lección v. ¡qué honda y qué eficazmente enseñaba! Comenzaba incansable su obra, o más bien dicho la obra de Dios, en la formación de esa alma. La paciencia, la prudencia y la humildad, eran los medios principales que de su parte ponía.

Sabía oír, sabía alentar, sabía corregir y sabía esperar; pero sobre todo sabía llevar a las almas en toda circunstancia al ambiente sobrenatural. Mirarlo todo en Dios, buscar en El la fuerza, El sólo el fin de todas las acciones. El la grande, la única aspiración de todos sus anhelos. Poniendo las almas aquí todo lo demás le parecía fácil.

Ensanchar los horizontes espirituales, que las dispusieran a recibir en abundancia la vida fecunda de la Iglesia, en la misión que Ella les señalaba al traerlas al Carmelo, era otro de sus grandes empeños. Para conseguirlo con qué solicitud procuraba darles a conocer a fondo, su vocación carmelitana. Amaba y apreciaba entrañablemente a su santa Orden. Explicar su Regla. Constituciones y Ceremonial, eran puntos que nunca la cansaban. Infundir el amor y el respeto de sus santas y tradicionales costumbres, impregnarse de su espíritu de oración, de silencio, de recogimiento, de soledad y de trabajo, eran ambiciones que encendía vivamente en el alma de sus hijas y para modelarlas bien, las ponía en contacto con sus santos Padres, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz.

Siempre basaba en sus palabras y enseñanzas las suyas. La lectura asidua de sus obras procurando comprenderlas bien, era para ella de capital importancia, desde los comienzos del Noviciado. Pero no sólo procuraba que se les estudiara, admirara y amara con entusiasta y filial amor, sino sobre todo, que se les

procurara imitar. Entonces ya podía su Rcia. hablar de sacrificios, de abnegación, de humildad, de todas las virtudes, en una palabra comenzar a edificar y sabía señalar alto el ideal.

A una de sus hijas le escribe el día de su Profesión, poniendo sus palabras en labios de Jesús le dice: “He formado de ti un ideal, tú bien lo sabes... Quiero de ti la abnegación y el sacrificio continuo: en el propio vencimiento sé valiente, asidua y fervorosa en la oración. Que nadie en la observancia te aventaje. Ama tu Convento con ternura; para las hermanas sé ángel de dulzura y caridad, que nadie de ti tenga una queja, que todas en ti encuentren sincero amor.

“Vedme a mi en tu priora, ámala con filial cariño y que siempre en ti encuentre respeto y sumisión. Ama por fin con ardor la humildad, pues siempre quiero ver a mi esposa feliz, en el último lugar. Nada de la tierra descés ni ambiciones. Sólo amarme ha de ser tu única pasión, salvarme almas y darme gloria el único cuidado de tu corazón”. Este era igualmente el propio ideal de su Rcia. para modelar las almas que iba recibiendo, a fin de realizarlo no omitía consejos, enseñanzas, continuos ejemplos y sobre todo oración y sacrificios constantes de parte de su Rvcia., y una asidua vigilancia, teniendo siempre presente el aviso de su Constitución: “Mire la que tiene este oficio que no se descuide ni sea remisa en nada, porque es criar almas en que mora el Señor”. Este decía es mi punto de apoyo...

25 AÑOS DE VIDA RELIGIOSA

1903 - 1928

Hermosa vida la de esta verdadera Carmelita. Vive en Dios y para su Dios, encaminándolo todo a su grande y único ideal, su Unión íntima con El.

Veinticinco años han corrido desde que la vimos llegar a la ladera del Monte Santo del Carmelo y va anhelosa sin detenerse en busca de su Dios. Oigámosla derramar ante El su corazón. Se pregunta “¿Qué es lo que pide mi Amado de su esposa? Amor de esposa, confianza de hija, abandono absoluto en sus manos.

“Este es el camino que me propongo recorrer con la esperanza de llegar, por aquí a los brazos del Amado y recibir de El, el ósculo de paz y la íntima unión. “En mi voluntad está hecho el convenio y siento la íntima convicción que está aceptado por parte de Jesús y por la de su dulce Madre.

~ “Bases y fundamentos del contrato: EL PARA MI, YO PARA EL.

“Sus ojos dulces misericordiosos puestos en mí... Los míos amorosos, suplicantes y arrepentidos puestos en El.

“¡Oh mi Jesús! quiero aquí en el destierro mirarte continuamente y que mi mirada se confunda con Tu misericordiosa mirada.

“¡Oh sí contemplarte a Ti, hermosura antigua y siempre nueva!... quiero vivir amándote vivir en la esperanza cierta y segura de tu amor inmenso e infinito hacia mí.

“Mucho me puede ayudar en el camino del desprendimiento y entrega total a Dios Nuestro Señor este pensamiento: imaginarme que vivo sola en el Convento y que Jesús igualmente esta solo pendiente de mis acciones, de mi amor, de mi fidelidad para con El, de mis deseos de poseerlo a El únicamente.

“Ten tus ojos ¡oh alma mía! vueltos al Tabernáculo, ahí está tu Esposo... tu Padre... tu Todo.

“Yo no soy de las creaturas, no son ellas las que dispondrán de mí, es Jesús, es mi Esposo el que decidirá de mi suerte, las creaturas son simples instrumentos en las manos de Dios.

“Trabajar por estrechar todo mi horizonte a sólo Jesús, confiar plenamente en El... El mi consuelo, la única alegría de mi vida. LA UNICA REALIDAD...

“Yo no estoy sola, estoy en Dios, rodeada de Dios y El me ama con amor eterno. Así como una gota de agua está perdida en el inmenso mar, así lo estoy yo en la inmensidad de Dios.

“Oh dulcísimo Amor mío, quiero atraeros a mi corazón y conservaros en él.

“Vivid en mí, Jesús mío, yo no turbaré vuestro reposo.

“No te entristezcan alma mía, demasiado los sucesos adversos, no te alegren demasiado los prósperos. Sea tu consuelo real, tu alegría verdadera, la seguridad del amor de Jesús hacia ti y tu confianza sin límites en El.

“Mi Jesús me ama con amor infinito. El me conoce por mi nombre, El me tiene presente, El me lleva grabada en sus manos.

“Estos mis ojos se volverán a formar para ver a mi Jesús eternamente... con ellos mismos lo veré por una eternidad... con mis oídos lo oiré... con mi misma lengua lo bendeciré.

“Vivamos en íntima unión, me dijo Jesús al comulgar, ya es tiempo que comprendas que es eso lo que quiero de ti.

“Después de haberte amado aquí en la tierra con delirio, después de haber trabajado y sufrido por tu gloria y tu reinado, volar contigo al Cielo, es lo único, sí, lo único que mi corazón ansía, dulce Jesús mío...

“He dicho amado mío que deseo amarte aquí en la tierra con delirio, trabajar y sufrir por tu gloria y tu reinado y después volar contigo al Cielo. Sí Jesús lo quiero, y de este modo quiero preparar mi eternidad.

“¿Con qué armas cuento para realizar mi ideal? Mi corazón es tuyo mi Señor, que el sea mi huerto cerrado donde sólo Tú y yo vivamos amándonos con amor de esposos. Mis oraciones, mis sacrificios, todo para tu GLORIA y tu REINADO, para tu conquista de las almas, para consolarte Jesús mío y reparar la ingratitud de los hombres. Desde luego, te ofrezco los esfuerzos que ayudada de tu gracia voy a hacer por guardar el silencio, el recogimiento de los sentidos, la guarda de mi corazón. Uno

todo esto a Tu silencio, a Tu recogimiento. a Tu oración y lo ofrezco para alcanzar el reinado de tu Amante Corazón sobre las almas, especialmente sobre las almas de mis hermanos, y sobre muchas almas de esposas que yo te pido traigas a esta Comunidad, en las que pueda tu miserable sierva, formar Tu Divina Imagen.

“Propósitos: Jesús en todo, Jesús siempre, sólo Jesús. Estar de continuo a sus pies, en realidad o en espíritu. Orar día y noche. Envolverlo todo en una dulce sencillez, modestia. orden y recogimiento.

“La fe y la confianza en Dios obran milagros, mientras mayor sean mi fe y mi confianza más seguridad tendré del éxito. Con la fe y la confianza, puedo llegar a ser más poderosa que el mismo Dios, porque la ataré las manos y tendré que hacer, muchas veces, lo que yo le pido.

“Ser toda de Jesús, como que El y yo únicamente estuviéramos en el mundo; o como que yo no tuviera más ser con quien entenderme, todo lo demás que me rodea simples instrumentos... El en todo, de El esperarle todo, para El todo.

“El descansando en mi corazón, yo trabajando por El. El recibiendo alabanzas, yo dándole toda la gloria. Darle gusto, aumentarle su gloria por todos los medios que están a mi alcance, he ahí lo que debe ser mi única ocupación.

“Hay tantos seres que por una creatura lo sacrifican todo, que viven como embelesados en el objeto de su amor ¿Por qué Jesús no ha de tener algunas almas, que quieran hacer por El. lo que tantos hacen por seres creados? Sí, yo lo quiero guardar aquí en mi corazón, rodearlo de amor, de ternura, de gloria: como Santa Teresita le diré: “Amado mío descansa, ya trabajaste por mí...”

“Yo me lanzo a la lucha, mis armas, la fe y la confianza.

“Sacrificarse en todo y morir a todo por Cristo, debe ser la vida de una verdadera Carmelita. Sin sufrir no se llega a nada.

“Todo lo que Dios permite es lo mejor, tengamos pues mu-

cha paz, mucha confianza en todo lo que El permite. La gloria de Dios debe ser lo único esencial, lo demás son detalles insignificantes. GLORIFICAR A MI DIOS, es mi pasión dominante. O TU GLORIA O MORIR. La gloria de Dios es lo más mío.

“Mi Amado Jesús, hoy víspera de mis Bodas de Plata te digo con todo el amor y la contricción de mi corazón: “TODA TUYA O MORIR. TU GLORIA O MORIR”.

“Nada más... el amor y la contricción piden callar...”.

En verdad callar es lo único que se puede hacer. oyéndola derramar el precioso perfume que encerraba su corazón virginal. Bendecir al Señor y agradecerle profundamente que haya elegido nuestro Monasterio, para engastar esta preciosa joya, que será para siempre una de sus más puras glorias.

Antes de volverla a buscar en su vida exterior, sigámosla todavía por los caminos de su alma, que se van haciendo cada día más amplios, más hermosos, más divinos, el deseo de la gloria de Dios la llena y absorbe completamente.

“Mi corazón ha ardido estos días en deseos de dejarme dominar por los intereses de Jesús. Darme vuelta alrededor de El sin pensar en otra cosa.

“En la parte interior de mi alma siento un silencio muy grande y deseo de cerrar la puerta a todo y vivir sola con El. Siento como que Jesús va a llenar todos los vacíos, como que se acerca para darse todo a mí. La parte exterior muy combatida, me encuentro sola, desamparada, llena de terribles turbaciones, me parece estoy llena de pecados.

“He pensado que debo vivir de tal manera con Jesús que a cada momento debo volver mis ojos hacia El... En momentos de tristeza, de desaliento, de turbación, de ofuscación, mirarlo a El que es la alegría del Padre, el gozo de los Bienaventurados, la fortaleza de los Mártires, la pureza de las Vírgenes, la

luz y el consuelo de todos los Santos; en Jesús lo encontraron ellos todo ¿no lo encontraré yo también?

“Pienso que así como el infierno es tenaz y duro como una roca para perseguir por doquiera los intereses de Jesús, así yo también, pobre creatura, he de ser dura, tenaz hasta lo inconcebible para busear y proeurar en todo la gloria de Dios y acrecentar los intereses de Jesús. En cambio lo siento con tanto amor que me mira y atrae a Sí. Me quiere como un instrumento en sus manos para su GLORIA. La gloria de Dios la deseo de tal manera, que siento verdadera pasión.

“Yo aunque miserable, me parece posible extender en el mundo su Reinado, llegar a que sea dilatadísimo, valiéndome de este medio. Aprovecharme de El, ofrecer continuamente esa Hostia santa, inmaculada, pura. Todo me parece posible tratándose de la gloria de Dios, de la gloria de mi Jesús, de darle gusto, de que se cumplan sus deseos. Quisiera poseerlo todo para dárselo a El. Mi felicidad la siento aquí, mi gloria sólo en esto. Siento por El todo ese amor deliado de contentarlo, de glorificarlo, de que todo sea Suyo. Miro a Jesús y no lo puedo imaginar inactivo”.

Imposible era que el Señor no fuera respondiendo y continuando su obra en esta alma, que vivía en esta forma para su amor, para su gloria. El mismo la va asociando a sus divinos intereses.

“En estos días, dice ella me ha parecido que mi buen Jesús, me pide que yo su vil creatura, fuera una cosa en sus manos para su Gloria, la personificación de su Gloria. Me parecía sentirme deseargada de todo, solamente pesando sobre mí, la Gloria de Dios y no porque yo la hubiera tomado, sino porque el dulce Jesús la había puesto sobre mí, ni más ni menos que como un jumentito que lleva la carga, porque su dueño lo cargó. Mi buen Jesús no me indicaba nada, ni ninguna obra especial, abandonada únicamente en sus manos para su gloria y nada más. El ¿có-

mo lo glorificaré?... El lo sabe, yo no soy sino una cosa en sus manos.

“Pero después me ha parecido que para ser digna cosa para su gloria, debo glorificarle, en el fiel cumplimiento de mis Santas Reglas, oficio y en todo lo que en cada momento me vaya El indicando. El camino para glorificarlo y hacerme santa lo tengo trazado en mis Santas Reglas, debo pues seguirlo. Cumplir a la perfección todas sus observancias, ésta es la voluntad de Dios y también se me manifestará ella en las órdenes de mis Superiores. Cumplirlas minuto a minuto, con prontitud, con alegría: pero sobre todo con una inmensa dosis de amor, el amor debe ser el móvil de todo, el sello que deben llevar mis obras.

“Todo lo debo hacer por amor, crecer en el amor, vivir de amor y consumirme en el amor.

“El amor que le debo a mi Jesús, me pide fidelidad en todo, en lo grande como en lo pequeño. El amor que le debo a mi Jesús, me pide tenga en El una confianza ilimitada, unida al santo abandono. Sí, debo confiar en El en vida y en muerte, en todos los sufrimientos del alma, del espíritu, del corazón o del cuerpo.

“El amor a mi Jesús me pide abrazarme con una vida de sacrificio, de abnegación, pues por este medio es como mejor puedo probarle a mi Dios el amor”.

Y que bien cumplía nuestra amada hermana en la vida diaria cuanto ella decía. Sus escritos y su vida son una misma cosa, al leerlos una queda asombrada al ver el plan perfecto, completo que se había trazado y cómo lo cumplía hasta en sus menores detalles. La abnegación y el sacrificio, en su vida, no tenían límites, y eran el fruto de su amor, de su inmenso amor a su Dios y a sus hermanas: por eso su Dios y su Comunidad la amaban tanto.

El Señor la distinguía cada vez con mayores luces y con mayor predilección. Su alma se simplificaba y unificaba más y más. “Muy bien, muy bien, se le contesta a una consulta, que

el buen Jesús con su amabilísima y divina mirada la vaya transformando, hasta que El sea todo en Ud. y Ud. desaparezca. La mirada de Jesús es creadora, santificadora, transformadora... Por su parte que mejor oración que esa mirada de su alma a Jesús, no deje de mirarlo con mirada amorosa, suplicante, el Señor la transformará y la hará vivir de su vida y la convertirá en Sí”.

Más ella va siempre a su centro, que es el convencimiento de su nada y le dice al Señor: “desde que vuestro misericordioso amor busca a las almas para uniros con ellas, para consolaros con ellas, creo que ésta es la primera vez que fijáis vuestros Ojos purísimos, en un alma que para unirse con Vos, no tiene más base que su inmensa miseria. Fijáos lo que hacéis Jesús mío. fijáos por Vos mismo. En cuanto a mí sumida en lo profundo de mi nada sólo me resta decir: “He aquí la esclava del Señor”.

El Señor no se cansaba de iluminar su mente, en profundizar su oración, en compensarle los esfuerzos continuos para llenarse de El.

“El otro día, dice, le dí al Santo Crucifijo un beso en la frente, sin ninguna intención particular, Jesús me lo agradeció tanto, sentí mi alma bañada de dulzura, su sagrada frente parecía caliente, parecíame comprender que El estimaba el cuidado y deseo que siento y pongo en venerar sus ideas, sus pensamientos, en despojarme de los míos para que El me haga participante de los Suyos. Me parecía que en su mente divina había muchas ideas y una sola idea, no como en la cabeza de nosotros que hay tantas ideas, tantos desconciertos, tan poca firmeza. En Jesús es muy diferente, hay ideas inmensas, dilatadísimas, nobilísimas, todo mucho y todo uno, todo fecundo y todo real”.

Más adelante se le sigue describiendo el velo y dice: “He contemplado a Cristo Nuestro Señor en la Cruz; me parecía que oraba por nosotros. En el Calvario había paz muy grande, un silencio extraordinario. La oración de Jesús muy profunda, muy intensa: pero con estas dos palabras nada digo, su intensidad y profundidad son inexplicables, es la comunicación más íntima

y más profunda y grave entre Jesús y su Eterno Padre. Yo no sé decir lo que ahí pasa, quisiera deshacerme ante esa Majestad, quisiera ser nada, paréceme que reducida a nada adquiriría ese silencio, esa soledad, esa profundidad para orar yo, como ora mi dulce Jesús”.

Sin duda que su oración sería muchas veces unida, a esa profunda e intensa oración de su Espeso Crucificado y sería asociada realmente al sublime Sacrificio de la Redención. Llegando en esos momentos a llenar la plenitud de su vocación en el Carmelo.

SEGUNDO PERIODO DE NOVICIADO

Desde el año 1928 hasta el año 1937 a la Madre María' Angela, se la vió asiduamente ocupada en las tareas del Noviciado, muchas vocaciones le fué entregando el Señor para que las cultivara y formara dentro de la vida Carmelitana. Su propósito en este tiempo fué este: “Trabajar asiduamente en las almas que Nuestro Señor me ha entregado, mis oraciones, mis sacrificios, mi tiempo todo para formar en ellas a Jesús. Amarlas tiernamente en Jesús, no cansarme jamás de sacrificarme por ellas. Dárselas a Jesús, que vivan para su gloria: dárselas a mi Madre Santísima. Nada para mí, todo para Vos, Jesús Mío.

“Debo olvidarme enteramente de mí misma, vivir para mis hijas”.

Así lo hizo su Rcia. de la mañana a la noche, de la noche a la mañana, no omitía sacrificios, no omitía trabajos, no omitía enseñanzas, nada de lo que ella veía menester. Entre las que tuvieron la felicidad de tenerla por Maestra, ha dejado recuerdos que jamás el tiempo logrará borrar, porque no son recuerdos nacidos en afectos o simpatías naturales que pronto mueren. sinó el recuerdo de las enseñanzas santas, profundas, llenas de

vida y de experiencia de la Maestra, que vivía tan hondamente en Dios y cuyo espíritu estaba plenamente empapado en el espíritu y enseñanzas de nuestra amada y venerada Orden.

Su gran corazón, unido a su eminente espíritu sobrenatural, hacían que su sistema de formación no se resintiera ni de demasiada suavidad, ni de excesivo rigor. Se hacía amar por la afabilidad de su trato, la dulzura y la alegría de su carácter y por algo de bondad innata, que se desprendía de toda su persona y se hacía respetar profundamente porque en ella no había nada excesivo, ninguna condescendencia sensible, que pudiera dar lugar a un afecto un tanto natural. Sabía mantenerse siempre en su lugar.

Se la amaba hondamente, seriamente, con la solidez y profundidad de los afectos fundados sólo en Dios y en el aprecio de las virtudes. Jamás permitía grandes atenciones con su Reia, velando que so pretexto de caridad, reconocimiento o afectuosa solicitud, no fuera a nacer algún sentimiento un tanto humano. Ella comprendía todo el sentido de la verdadera caridad, que busca ante todo el bien del alma y procuraba inculcarlo muy a fondo.

Su corazón tenía toda la amplitud del corazón maternal para comprender a las almas; las dejaba dilatarse, expansionarse, le gustaba ver a sus novicias espontáneas, naturales, alegres. Su espíritu abierto hacía que buscara siempre, el no estrechar a las almas en un solo mareo. Nó, ella respetaba mucho los caminos de Dios y las inclinaciones particulares y sin salirse de los límites de la formación Carmelitana, tan amada por ella, dejaba que las almas siguieran su camino, tratando, eso sí, de rectificar y encauzar lo torcido e imprimiendo suavemente el espíritu del Carmelo, haciendo que este espíritu se absorbiera, se impregnara, por decirlo así, en el alma de sus hijas, sin violentar, ni ahogar su propio espíritu cuando lo notaba bueno y bien inclinado.

Las debilidades, las faltas aún repetidas, no la desalentaban, sabía muy bien ponerse al paso del alma que comenzaba a ca-

minar el sendero a veces áspero de la virtud. Decía: "hay que secundar la obra de Dios en las almas y esperar con paciencia y con bondad que El las vaya modelando. la creatura es sólo instrumento, es el pincel del artista. Con el interés y la ternura de Madre hay que cumplir esta delicada misión. No hay que asustarse de sus defectos, ni de sus pequeñas caídas. hay que ejercitar la paciencia, que unida a la oración y a la bondad es un arma poderosa para ganar la victoria".

Más si alguna vez era necesario usar de severidad, sabía muy bien usar el cauterio de la corrección, con toda la energía que su deber le señalaba, aunque nada había más contrario a su corazón. Pero siempre procuraba que el convencimiento, más que la imposición violenta, fuera el que proyectara la luz, sobre lo que quería corregir, sobre lo que quería enseñar, o la virtud que quería hacer fructificar.

La sencillez, la alegría, la expansión, la amplitud de miras, era lo que su Rcia. gustaba ver en sus novicias. Se igualaba con ellas, tratando siempre de no hacerles sentir demasiado, la diferencia entre su condición de Maestra y las de ellas como novicias: pero al mismo tiempo había tal dignidad en su modestia y sencillez, en su condescendencia y llaneza, que no podían menos de rodearla del más profundo respeto, mezclado de veneración, cariño y de afectuosa confianza, nadie nunca pudo sentir con ella encogimiento o timidez.

¿Qué había en su Rcia. que tan bien sabía reprender sin herir, corregir sin amargar, ser Maestra sin hacer sentir el peso de su autoridad?

Era el reflejo de su Dios, que se transparentaba en ella a pesar de la extremada modestia de su persona; era grandeza y abatimiento, dignidad y sencillez, seriedad siempre, humildad en todas partes, candor de niño mezclado a veces de simpáticas picardías, luz clarísima intelectual y espiritual para verlo, comprenderlo y juzgarlo todo, según Dios.

Fué Maestra que procuraba suavizar las asperezas. Que por

sobre todo hacía amar las Santas Reglas y Constituciones; que hacía sentir la suavidad del yugo del Señor, más que el peso de su carga; que sabía insinuarse con tanta suavidad y discreción que la obediencia jamás la hacía dificultosa ni menos dolorosa.

Compendia toda su obra en estas hermosas palabras: “Yo veo que con mis hijas puedo contar, pero comprendo que Nuestro Señor me pide que me ponga en un terreno superior a ellas, que encuentren en mí la Madre santa que las lleva al Señor, la Madre desprendida de las cosas de la tierra, que las eleva, que no las deja apegarse a nada de lo terreno”.

El señor sabe cuán ampliamente cumplió hasta el último instante de su vida éste que El le pedía en el fondo de su corazón.

La vida la había ido llenando de ciencia espiritual, de prudencia y de experiencia. Oigamos los pensamientos íntimos, que por esta época nos deja:

“Hablar muy poco con las creaturas y mucho con Nuestro Señor.

“Poniendo empeño en contrariar y combatir la propia voluntad en cosas pequeñas, se adquiere el hábito de vencerse en las grandes y aún se llega a adquirir gozo y satisfacción en ello y a elevarse tan alto, que no se tenga voluntad propia, hallando su contento en todo lo que sucede ya sea próspero o adverso. Entonces se puede decir con propiedad que se cumple siempre la propia voluntad, pues todo suceso es conforme a la voluntad del que no tiene ninguna.

“Estos pensamientos me han alentado e iluminado:

“En esta vida estamos para preparar nuestra eternidad y es un valle de lágrimas; por lo tanto no debo buscar en ella descanso, soy un viajero que camina a su tierra.

“Soy toda de Jesús, por lo tanto no debo buscar el amor,

el aprecio, la aprobación de las creaturas. Qué paz, qué consuelo para el alma que nada busca, que nada espera, que goza con el olvido, con el desprecio, que está sobre todas estas cosas... que Jesús le basta.

“El amor a Jesús debe ser perpetuo y para ello es menester mantenerlo con actos interiores, como se alimenta con aceite la llama de la lámpara que arde delante del Altar. Desde la mañana a la noche fijar una mirada de amor a Jesús. “Mirarlo por amor y con amor.

“¡El Cielo!... ¡Oh Patria mía!... En el Cielo tendré una eterna amistad, será un matrimonio perfecto de mi alma con Jesús... nada tendré ya que temer. Habrá una unión entre los dos cuya sabrosa intimidad no me es dado entrever en esta vida miserable... En esta unión con mi Jesús, hallaré la amistad y la unión con los bienaventurados.

“Mientras suspiramos por la vida eterna que nos revelará a este adorable Desconocido, es decir a nuestro buen Dios, meditemos aquí en la tierra lo que no conocemos, meditemos en las divinas perfecciones. Volvamos muchas veces sobre esta verdad capital “de la Humanidad de Nuestro Señor a su Divinidad y de su Divinidad a su Humanidad”.

“A par de la presencia real de Nuestro Señor en la Eucaristía, hay otra presencia real personal viva y vivificante del Espíritu Santo en la Iglesia. Pero para que el Espíritu Santo “nos sugiera toda verdad” es necesario el recogimiento, el silencio del alma, el silencio exterior. Si el alma no está recogida el Espíritu Santo se callará; su dignidad infinita no le permite ordinariamente hablar cuando no se le escucha.

“Lo que debe preocuparme siempre, lo único que debo investigar en todo, es saber lo que Nuestro Señor piensa de las cosas. Cualquiera otra apreciación me debe ser indiferente... ¿me sirve ésto para la gloria de Dios?... Esta es la primera pregunta que debo hacerme en presencia de todas las cosas.

“Cuando Dios llegue a ser lo único necesario para mí, entonces será también mi único Señor.

“Debo descansar en Dios únicamente y nó en mí misma ni en creatura alguna, Dios debe ser mi CENTRO.

“Dios mío, escondedme lejos de las agitaciones de los hombres, en el secreto de tu Faz”.

PRIORA DURANTE DOS TRIENIOS

1937 - 1943

Llegó para la Rda. Madre María Angela, uno de los momentos más difíciles de su vida, al presentirlo se va a refugiar al Corazón de Jesús y le dice: “Me entrego enteramente a Vos en estos momentos tan difíciles para mí. me abandono por entero en vuestras manos, que se cumpla en mí vuestra santísima Voluntad, que todo sea para vuestra mayor gloria. Vos sabéis hasta qué punto está atribulado mi corazón. Vos sabéis muy bien que no deseo sino cumplir vuestra Santísima Voluntad, por eso Señor, dejo que hagan de mí lo que quieran; pero Vos cuidad de vuestra pobre hijita, me abandono en vuestro Sagrado Corazón como en el corazón de mi Padre.

“Propósitos: Mantener mi corazón recogido, tranquilo. Mantener mis potencias recogidas en mi interior dejando las cosas que me rodean, ocupándome con ellas en el amor. Evitar hacer comentarios de nada de lo de la tierra, dejemos lo transitorio. Ocupate ¡oh alma mía! en solo tu Dios, su gloria y su voluntad...”.

Inundada su alma en los grandes pensamientos de la gloria de Dios, del cumplimiento de su Voluntad y de hacer todo el bien posible a su Comunidad a la que tanto, tanto amaba, asumió su gobierno.

Todo lo puso a su servicio sin medida. Su tiempo, su corazón, su inteligencia, su caridad sin límites, su prudencia, su pa-

ciencia; todo el cortejo de hermosas virtudes que como hemos visto, adornaban su alma, afianzadas por el caudal de su experiencia adquiridas en una vida profundamente vivida. Seis años que dejaron una huella inborrable en su Comunidad, una gratitud profunda en cada corazón. Permítasenos recordarlos con cariño, con agradecimiento, con admiración.

Se hizo toda para todas, en su corazón dilatado como el mar, todas teníamos cabida sin distinción, fué para cada una la madre más tierna, la amiga más sincera, la hermana más querida y abnegada.

Su corazón estaba siempre dispuesto y pronto para consolar o para ayudar con algún consejo santo y sabio a quien lo reclamaba de su Rcía. Se podía contar en todo momento con su interés verdadero y con el cariño más sincero de su corazón, que lo ofrecía lleno de caridad hásta los bordes.

Tenía un ideal muy alto para su Comunidad, para realizarlo oraba por ella en esta forma: “Señor que entre nosotras haya mucha observancia, para que reine el espíritu que nuestra Santa Madre desea ver en sus hijas. Espíritu de humildad, de caridad fraterna, espíritu de oración, de silencio, de recogimiento, de soledad, de desprendimiento de todas las cosas de la tierra, de alejamiento del mundo y de sus máximas. Espíritu de pobreza, de mortificación, de obediencia; que seamos verdaderas hijas de nuestra Santa Madre y de nuestro Padre San Juan, que bebamos y nos inpregnemos totalmente de su espíritu.

“Señor que en todo tiempo haya almas de mucha oración, de mucha unión con Dios en esta Comunidad...”.

Contribuir a realizar este hermoso ideal, fué el blanco de todos su esfuerzos, el principal fin de todos los caminos que se propuso recorrer.

Ella define mejor que nadie su misión en cada circunstancia de su vida y se señala y escoge los medios más a propósitos para realizarla, dice así:

“Acordarme que soy Madre, la caridad, la dulzura para-to-

das con igualdad; hacerles todo el bien posible, no amargar los corazones, guardarles las espaldas sus secretos; cuidarlas, atenderlas, "ser verdaderamente "Madre tierna" pero Madre espiritual, Madre que debe llevar las almas a Cristo, que no las debe dejar empequeñecerse. Tener yo miras muy elevadas, acordarme que soy y que son esposas de Cristo".

Y en otra parte completa su plan: "Señor mío, por tu amor quiero amar a mis hermanas con todo mi corazón, no juzgarlas, no tomarles mal sus cosas, amarlas como una Madre cariñosa ama a sus hijos pequeñitos. Ser la personificación de la bondad, pero no de la bondad que se rebaja a la debilidad, sino de la bondad que desea todo el bien, toda la santidad, para sí y para las que ama; y que la busca no por medios ásperos sino por la CARIDAD QUE BROTA DEL CORAZON DE CRISTO...".

He aquí todo el compendio de su gobierno. Sí, su corazón se había hecho muy semejante al Corazón de Cristo, la caridad ardiente era el único móvil de todas sus obras, de todas sus palabras, ella ruega al Señor la dirija en todo, le dice: "Al hablar, Dios mío, quiero que sea para llevar las almas a Vos, para conseguir hacerlo con caridad, con paciencia, con dulzura, la dureza a nada conduce. Dadme la gran ciencia de saber OIR y de saber CALLAR. Jesús mío hablad Vos por mí, estad en mi corazón, en mi pensamiento, en mi lengua. Que yo vil creatura sea otro Cristo. Al caminar, al moverme, al afanarme en el desempeño de mi cargo, sea todo por Vos, por vuestra mayor gloria".

Este era el secreto por que atinaba a hacer siempre lo mejor. Sus consejos eran tan llenos de sabiduría; verdaderamente moraba en su Rcia. este precioso don del Espíritu Santo. Y lo admirable era, que para todas las situaciones, para todos los problemas, para todas las necesidades, para todas las penas, encontraba la definición, la solución, el consuelo, justo, preciso que la persona que se dirigía a ella había menester. Al don de sabiduría se unía en su alma el don de consejo. Con qué confianza y con qué seguridad podía uno irle a exponer sus du-

das, a pedirle su dirección. enseñándole la experiencia que siempre indicaba lo mejor, lo más prudente, lo más conforme con el espíritu de Dios. A ciegas se podían seguir sus consejos en la seguridad que se tomaba el mejor camino.

En su Rcia. se iban a depositar todos los corazones, para todos tenía el suyo amplia acogida. Más no se adelantaba, no la movía ningún celo indiscreto. no se economizaba en nada, tampoco se prodigaba; era dirigida por una sabia prudencia que imprimía en su Rcia. una santa dignidad.

En los Capítulos Conventuales sabía muy bien imprimir su espíritu. Se expresaba con mucha facilidad y sus exhortaciones eran siempre muy profundas.

Había un pensamiento sobre el que giraban todas sus demás ideas, que nos miráramos y miráramos a nuestras hermanas como los templos vivos del Espíritu Santo. Mirándonos así, con qué respeto, con qué amor, con qué espíritu de fe, con qué caridad nos debíamos considerar, servir y ayudar. El Convento como la Casa de Dios, todo lo de él como la posesión de Dios, que ponía a nuestro servicio; por lo tanto agradecerlo, cuidarlo, y respetarlo. Exhortaba a vivir y a obrar en todo con un gran espíritu de fe. La penetración y conocimiento que tenía de las almas, le inspiraba el consejo y la corrección que debía hacer, a veces en forma tan hermosa, tan inesperada. Sabía disculpar la falta y al mismo tiempo mantener un principio de disciplina con el que guardaba el espíritu religioso de su Comunidad. A la vez poseía el don de endulzar las amarguras, de suavizar las asperezas del camino de la vida y por sobre todo el de hacer amable la virtud.

Se encerraba en esta alma religiosa tan humilde, tan modesta, un principio orientador, un algo de profundidad que ponía como un contrapeso seguro en todo lo que la rodeaba; había, también, un principio poderoso de vitalidad, de entusiasmo, con lo que comunicaba vida, movimiento, adelanto a las personas y a las cosas que tenía junto a sí.

Tenía un espíritu progresista, emprendedor, animoso. Con la armonía que la caracterizaba, daba a lo sobrenatural y a lo humano su justo valor. Así se la vió siempre empeñosamente preocupada, del bien y del adelanto espiritual y material de su Comunidad.

Pasado poco más de un año de su gobierno pagamos junto con toda la región, un tributo doloroso al terremoto del 39. Desde entonces se la vió incansable por juntar y adquirir los medios económicos, que la permitieran reparar y mejorar la situación difícil en que veía a su amado Convento. Como su Santa Madre, no contaba con una blanca para su reparación, pero no se arredró, buscó la cooperación en primer lugar de todas sus hijas, las que sin omitir sacrificios, la ayudaron cuanto pudieron con el trabajo de sus manos, contribuyendo con él a reunir algunos fondos. ¡Con qué muestra de profunda gratitud y alegría recibía nuestros trabajos! “Comprendo decía, que así cumplen el punto de Regla que nos señala el trabajo para vivir, pero se también. los sacrificios que se imponen y ésto no me puede dejar de dar mucha pena”, como Madre vigilante fomentaba entre sus hijas el espíritu de trabajo, pero velaba porque se mantuviera en él, el justo límite que la prudencia señalaba. Mas como veía imposible hacer frente solas a la situación, acudió a solicitar la caridad de cuantas personas creía la podían socorrer. El Señor la ayudó en su empresa moviendo con grande eficacia los corazones, con lo que tuvo su Reia. el inmenso consuelo de dejar reparado, al término de su segundo trienio, la mayor parte de los daños causados por el terremoto, en el interior del Convento.

La Capilla fué su primer pensamiento, logrando, junto con la abnegada y eficiente cooperación de un miembro de la familia de nuestras religiosas, que se renovara por completo; pudiéndole ofrecer en ella a su Dios y su Señor, una Morada pequeña.

pero hermosa. en donde todo llama al recogimineto y la oración

En seguida se preocupó de refaccionar el Coro de la Comunidad, dejándolo en la forma más digna que su Rcia. pudo, pensando que es como el Cenáculo de donde sube al Cielo la oración de la Iglesia, ya sea en forma privada o litúrgica. de las almas consagradas al Señor.

Después ocuparon su principal atención las celdas. ¡Cuánto sufría viéndolas en estado ruinoso! Nosotras nos mostrábamos muy conformes, pero su corazón de Madre no lo estaba; ella sabía que la celda es el centro de la vida de una Carmelita, su santuario íntimo, el lugar de su trabajo y de su descanso. No omitió sacrificios hasta que nos vió a todas en una celda pobre sí, pero limpia y recogida, de blancas paredes, reflejo de la blancura que, también deseaba para el alma de sus moradoras. Las demás oficinas ocuparon su atención igualmente, mejorándolas cuanto pudo.

Hasta el final de su gobierno siguió trabajando y preocupándose sin demostrar cansancio, aunque a veces eran muy grandes los esfuerzos que tenía que hacer, por mejorar la situación económica de la Comunidad.

Impulsaba el interés, el cariño y el entusiasmo para sacrificarse en bien de su querido Convento, para lo cual procuraba con delicado tino, aprovechar en favor de él, todas las aptitudes, todas las disposiciones con que Dios enriquece el conjunto de una Comunidad. Es deber, decía, de una Priora, recoger todos estos valores, impulsarlos, encauzarlos, y dejarlos desarrollarse, sin absorberlos, encaminándolos a la gloria de Dios y al provecho y adelanto espiritual y material del Monasterio.

Su amor a la observancia siempre fué para su Rcia. una nota vibrante, que la mantenía alerta. Con emoción se leen sus

propósitos durante todo el curso de su vida, haciéndose un llamado al silencio, a la puntualidad, a la perfección de las ceremonias. Pero le gustaba una observancia sencilla, humilde, llena de caridad y sobre todo una observancia en que no entrara para nada la costumbre o la rutina. Expone tan hermosamente su pensamiento refiriéndose el conjunto de pequeñas observancias a que nos tenemos que someter, adaptándose para sí, las bellas ideas de Tissot, referente a ellas, tomadas de "La Vida Interior", obra que admiraba y gustaba con entusiasmo a su Rcia., dice así: "En nuestras Santas Reglas o en el Ceremonial hay muchas reglas pequeñas, pero en ellas no debo ver su pequeñez, sino respetar la voluntad de Dios que se encierra en lo pequeño y esta voluntad es siempre grande y adorable, hasta en los más ínfimos detalles. Nuestro Señor está tan real y verdaderamente presente en una hostia grande, como en una pequeña, como en una partícula. Una cosa parecida sucede con la voluntad de Dios, las más insignificantes prescripciones de mi Regla, la contiene toda entera. Así como en la Comunión me engrandezco con mi contacto con Dios, así también, en la fidelidad al deber por pequeñas que sean las observancias a que me someto, mi alma se ensancha y se dilata por mi contacto con Dios... y ésto es lo único que debo buscar en mi fidelidad a las cosas pequeñas: establecer entre Dios y yo un contacto perfecto, más continuo, más absoluto, de tal manera que al fin no haya punto alguno que de El me separe.

"Debo comprender que mi fin no es ajustarme a las prescripciones, sino ajustarme a Dios en las prescripciones".

Difícilmente se podrá definir en forma más elevada el fin de las observancias religiosas y quién así las miraba, es natural que hubiera tenido un amor y un celo, muy en Dios, para guardarlas y hacerlas guardar con toda fidelidad.

Durante su Priorato se entregó a la Orden el nuevo Ceremonial. ¡Con qué amor, entusiasmo y respeto fué recibido por su Rcia! Con toda la fuerza de su voluntad comenzó su estudio y procuró que la Comunidad lo fuera poniendo en práctica. Sien-

do prolija para consultar las dudas, a fin de facilitar su mejor interpretación y su total cumplimiento, lo que le daba ocasión de mantener una continua correspondencia con nuestros Padres, con los que siempre tuvo la Rda. Madre una unión muy grande, un aprecio muy sincero y un afecto filial no desmentido.

Incompleto quedaría el cuadro de su Priorato, si nada dijéramos del aprecio y hondo cariño que le ofrendaron cuantas personas que por su cargo tuvo la oportunidad de conocer o de tratar, aunque fuera por correspondencia. Entre éstas ocupan su primer lugar los sacerdotes, religiosos y religiosas. Cuánto se interesaba por sus obras, necesidades y sobre todo por su santificación, eran objeto constante de sus oraciones y de sus atenciones.

Las personas seglares de cualquier condición, que la trataron, descubrieron sin excepción en su Rcia. a la religiosa santa, prudente, llena de comprensiva caridad, con la que podían compartir sus penas y alegrías y en la que podían buscar un santo y sabio consejo. Comprendía el corazón humano, sus debilidades, sus caídas, volaba sobre el mal, pero se sabía compadecer de todas las necesidades que llegaban a golpear su corazón.

Dijimos que las personas de fuera del Convento descubrían en su Rcia., a la verdadera religiosa. En realidad la tenían que descubrir porque en el trato con ellas, era especialmente humilde y modesta, su gran empeño era desaparecer; cuando íbamos al Locutorio, por regla general, era la que menos tomaba la palabra. Para su trato externo tenía estos dos propósitos: "Al escribir acordarme que soy religiosa, procurar hacer el bien, pero sin afectación.

“En el Locutorio pensar que soy religiosa, procurar hacer el bien, ser espiritual, todo con sencillez, con naturalidad”.

Justamente estas reglas eran las que contribuían a ganarle todo el aprecio, todo el cariño y por las cartas recibidas después de su muerte, podemos decir con verdad, la admiración de cuantos la conocieron. En cuyo número se cuentan, en primer término, las familias de las religiosas, las que sentían hondamente comprometida su gratitud con su Rcia., pues todas sin excepción fueron objeto de sus más delicadas atenciones, de su cariño más tierno y de sus más fervorosas oraciones.

Las grandes dotes de gobierno que demostró en el curso de éstos seis años hacen que podamos concentrarlos fielmente en estas dos palabras: Su Gobierno fué sabio y prudente.

Y como sello final queremos dejar constancia de su amor y su interés por todo lo que se relacionaba con la Diócesis, solicitando siempre para ella, en especial por sus necesidades e intereses, los que miraba como cosa propia, las oraciones y los sacrificios de sus hijas. Era para ella un consuelo y un goce especial, cuando en forma general o en casos particulares, se venía a solicitar la ayuda espiritual de la Comunidad, diciendo: “ésto es para mí la mayor prueba que se aprecia la oración y se conoce nuestra vida”. Agradecida se empeñaba mucho en rogar por lo que se le había encomendado.

Junto con el amor a su Diócesis, había en su Rcia., un aprecio y un respeto muy grande por su digno Prelado, acatando en todo momento con la mayor veneración y sumisión hasta sus menores órdenes, mirándole siempre, como el representante directo de Dios en el gobierno de su Comunidad y el lazo visible que la unía con su Madre la Santa Iglesia.

Por su parte su Excelencia, fué para la Reverenda Madre el apoyo más eficaz el sabio consejero, el consuelo y el sostén de los últimos años de esta alma que se había consumido en el servicio del Señor. Permítasenos hacerle llegar desde estas pá-

ginas, la más sincera gratitud, en nombre de su Reverencia y de toda esta Comunidad.

MIRADA A SU INTERIOR

Admirables son los designios de Dios y llenos de misericordia para sus hijos. Entre esos designios de misericordia contamos el que nuestra querida Madre, nos haya dejado sin destruir los horraadores en que exponía gran parte de las intimidades de su alma, en estos años que ella llama, "la última etapa de mi vida". Valiéndonos de ellos para nuestro propio ejemplo y para que el conocimiento hasta el final de su preciosa alma, contribuya a que se alabe y glorifique la acción de la gracia de Dios en sus escogidos, los expondremos con verdad y con sencillez, como lo hemos hecho hasta aquí, en esta reseña fiel de su vida.

Como en todo el curso de su camino espiritual, la vemos animada por los sentimientos de su miseria, de su pequeñez, de su nada y por otra parte avivando su confianza y su amor y disponiéndose con estas dos armas, por un lado a resistir los ataques del enemigo y por otro a abrir su alma a la amorosa y santificadora acción de Dios.

Su pensamiento dominante es, el que está caminando su "última jornada" y el deseo de reparar su pasada tibieza, avivando su vida de amor y de intimidad con su Señor. Para conseguirlo se propone fomentar mucho el espíritu de oración. Su gran deseo es poner su alma en gran sosiego, en profundo recogimiento y envolverlo todo en paz.

Pone estos pensamientos como puntos de apoyo de la jornada que se propone recorrer:

"En el ocaso de tu vida te examinarán en el amor". (N. P. S. Juan de la Cruz).

"Sólo una cosa hay que hacer aquí abajo "AMAR A JESUS". (Sta. Teresita).

“¡Qué dulce es morir cayendo en las manos del que mucho se ama: JESUS!

Y deja estos propósitos como medios eficaces para llegar hasta el fin.

“Debo recogerme lo más posible a mi interior, ayudada de la gracia debo aspirar a no salir nunca de ahí.

“Callar, dejárselo todo a Dios, obrar siempre con suma recitud.

“Es necesario servir al Señor en toda circunstancia, en la salud como en la enfermedad, en la vida como en la muerte, de El debemos ser siempre.

“Dios y las almas... yo en completo sacrificio...”.

En esta época de su vida espiritual se fueron ampliando más y más para su alma dos grandes y fecundos horizontes. Primero su Madre la Santa Iglesia. Tuvo sobre ella luces muy especiales para comprender su vida, su acción santificadora, el significado hermoso, profundo de su Liturgia. En esta vida de unión con su Madre la Iglesia, decía Su Rcia. había encontrado la plenitud de su vocación Carmelitana. Su oración se hacía cada día más universal. Con qué amor y reverencia hablaba y oraba por el Santo Padre y por toda la Jerarquía Eclesiástica.

También la Acción Católica la preocupaba y le interesaba en extremo, comprendía con especial luz, su alta misión y oraba constantemente por ella.

Eran objeto de sus plegarias todas las intenciones de la Iglesia universal. Todas las naciones. Los enfermos del alma y del cuerpo. La niñez, la juventud. Todas las necesidades de todos los individuos que pueblan la tierra. Su oración se derramaba como benéfico rocío por el mundo entero. su corazón ya no conocía ni límites ni riberas.

Su alma tenía el sentido de ir siempre al centro, por ésto la mayor unión con su Madre la Iglesia la buscaba en la Santa Misa. Con que asidua constancia se la veía cada mañana, siguiendo en su Misal las oraciones de la Misa del día y recorriendo en

él, todo el movimiento de la Liturgia de la Iglesia. Su Dios respondía a sus esfuerzos. “He tenido, dice su Rvcia, este tiempo, muchos llamamientos del Señor a un amor y penetración muy grande de la Santa Misa. ¡Qué tesoro, qué tesoro! Hay que aprovecharse de ella, podemos salvar al mundo con la Santa Misa unidas íntimamente a Jesús”.

El Oficio Divino era otro de los grandes medios por el que vivía la vida de la Iglesia ¡qué aprecio, qué conocimiento tenía de su valor! “En ningún momento de su vida, decía, una Carmelita es más grande que cuando formando parte del Coro de su Comunidad, entona las alabanzas del Señor; la eficacia de su oración entonces no tiene límites, por eso si quiere conseguir algo, ahí es donde debe pedirlo, mejor que con cualquiera otra devoción privada: en esos momentos su nada desaparece, ella es la Iglesia que ora”.

Fiel a sus ideas no omitía sacrificios para rezarlo en Comunidad, sobreponiéndose a veces con fuerza increíble a sus enfermedades. El grave mal a la vista que sufría y la delicada operación a que había sido sometida, era causa por de más justificada para dispensa en el Oficio Divino: pero jamás fué motivo para que su Rcia., lo omitiera un solo día. El Señor compensaba con creces sus heroicos esfuerzos. Una religiosa que junto a ella recitaba el Oficio Divino nos decía: “Cuántas veces despertaba mi tibieza con solo mirar su semblante recogido y sonriente, parecía estaba muy lejos de la tierra”. Su Rcia., al abrirse íntimamente y consultar su alma, nos revela el secreto. Dice así:

“Hay veces que cuando rezo Maitines, siento con los oídos del alma, que sale del Sagrario una armonía como un dulce canto. Esto me hace comprender la unión de oración que hay entre el Oficio Divino y Jesús que ora constantemente desde su

Tabernáculo. Aquí no hay nada de extraordinario, porque todo lo que experimento es tan sencillamente, no sé como explicarlo; es como si tuviera en el alma una vibración, que si la toca Nuestro Señor, me hace sentir lo que El quiere”.

Su Señor la hacía sentir y participar de toda la armonía, de todo el sentido de la oración litúrgica, desde su modesto Estal Carmelitano. Sin duda El, también, percibiría desde el Sagrario, como una dulce canción, la oración de esta humilde Carmelita.

El segundo horizonte en que se dilataba su alma era el de la gran doctrina de nuestra Incorporación a Cristo. “Siento, dice ella, que en mí se está desarrollando esta sublime doctrina; por lo tanto debo estudiarla, asimilármela, vivirla. Morir a mí misma para que Cristo viva en mí, ésto es lo único que quiero, Aceptarlo todo unida a El para que las almas se salven, mi única ambición.

“Todo, todo unida a Jesús, El obrando en mí, El prolongando su vida en mí. He llegado a persuadirme que para mí no hay otro camino, ni otra espiritualidad que CRISTO. Le siento en mi alma como que descansara en ella apaciblemente, lo entiendo aunque nada me diga. Su mirada con la que me encuentro con frecuencia, es dulce y amorosa. Yo descanso a su lado tranquilamente y lo miro en sus misterios; pienso mucho en ellos, pero nó como quien quiensa, sino como quien mira amorosamente y adora. Yo no tengo hermosas ideas, ni lindos conceptos, no puedo hacer más que mirar y adorar lo que Nuestro Señor me hace sentir y no sé explicar.

“Algunas veces parece que voy a penetrar profundamente y me quedo como un hambriento al que le dan una migajita, una gotita de agua que aumenta su hambre y su sed. Siento también como si llegara a mi alma una melodía, un eco del Cielo, la

suavidad del alma es muy grande; pero nunca, nunca se siente más desterrada. ¡Qué verdaderas encuentro entonces esas palabras de la Salve “los desterrados hijos de Eva”!.

Deja sentir a su alma la soledad, el destierro, su gran debilidad. La refiere con una comparación: “A mí me hace el efecto que ésta mi pobre alma que tengo metidita aquí adentro, fuera como una cañita débil azotada por el viento, a veces por verdaderos huracanes, casi se quiebra, gime en su soledad, pero permanece firme. Digo “soledad” porque me parece que está colocada en una región muy solitaria de toda creatura. Ayudada de la gracia de Dios, yo he buscado esa soledad y la amo intensamente, por nada del mundo la quisiera perder, trabajo cuanto puedo por aumentarla. La imagen de mi alma en esta vida, es la de esa frágil cañita y su felicidad, está en su soledad. Se me hace tan necesario ir apartando todo lo que sea algo. En muchas cosas no sé como hacerlo. En esta ignorancia, procuro que la pobre caña se esté tranquila, a su tiempo el Señor le dará luz, le dará el manjar y la bebida en abundancia. El la saciará”.

A veces la luz caía sobre su propio conocimiento. “Estoy reducida a la nada. Si me miro a mí misma entonces veo claramente, que soy una nada llena de pecados, por eso casi no me miro. Desde el fondo de mi alma hay continuamente este clamor “Jesús mío misericordia”, en él se unen y se recogen todas las potencias de mi pobre alma y siente el amor y el dolor más intenso. En este amor y este dolor parece fuera envuelto el abandono y resignación más completa. Al Señor no lo siento lejos, al contrario, algunas veces tan cerca que no sabría como explicarlo, es como si sintiera la respiración de Dios. Es un amor y una pena muy profunda, comprendo tan claramente que soy una gran pecadora y la cercanía de su Divina Majestad me es muy penosa, mientras más amor me imagino sentir de El a mí, mayor es mi dolor. Nuestro Señor mostró a Santa Gertrudis un alma que acababa de morir, El la llamaba con mucho amor y el alma se mantenía esquivada y triste. Le manifestó Nuestro Se-

ñor a la Santa, que era porque el alma no estaba aun purificada. Parece que fuera mi retrato... Después de ésto me queda un deseo muy grande, de evitar toda falta por pequeña que sea y llevar la vida más pura que me sea posible”.

Pero no se quedaba en su miseria dice después: “A pesar de ser la que soy, siento hambre y sed de Dios y a pesar, también, de las sublevaciones que en la parte inferior se levantan de cansancio, de tedio, siento tan vivamente en la parte superior a Nuestro Señor que me llama, parece decirme: “Hija dame tu corazón”. “Piensa tú en Mí y Yo pensaré en tí”. Siento una gran necesidad de callar, no solo exterior sino interiormente, para así oír lo que Nuestro Señor me enseña en silencio dentro del alma. Siento un algo inexplicable, es como un llamamiento a una intimidad muy grande con el Señor. Parece que El quiere ser enteramente mío, pero que yo sea enteramente suya. Le represento mis terribles dificultades, ¿cómo la miseria más miserable acercarse a la suma Santidad? pero al presentárselas se me deshacen, pensando que es El, el que me llama, que El lo vé todo, lo sabe todo. Y por fin veo que El no ha venido por los justos sino por los pecadores y me digo: Si es así vamos.

“Segunda dificultad ¿cómo dejar tantas ocupaciones y atenciones como este cargo de Priora impone? Esto se soluciona, también, porque el Señor me da luz y me hace comprender, que la manera de salvar esta dificultad, no está en dejarlas sino en abrazarme con la abnegación y el sacrificio. El quiere que me sacrifique por mi Comunidad y por cada una, hasta el último grado y en silencio. El silencio me lo pide mucho, silencio en el sacrificio, silencio en las sublevaciones de mi amor propio, silencio en todo, absolutamente en todo “JESUS CALLABA” así siempre se me presenta por modelo.

“En resumen me pide el Señor: 1.º que viva enteramente abandonada en sus manos, que descanse en su Corazón con plena confianza, en un silencio muy grande de todas las potencias y me ocupe sólo en mirarlo y en amarlo.

2.º Que me entregue en sacrificio total a las almas. que lo mire a El en ellas y que para hacerles todo bien. no debo buscarme en nada a mí misma; renunciando a mis pensamientos, ideas y deseos, para que penetren en mí, los pensamientos, ideas y deseos de Nuestro Señor. a fin de que todo cuanto yo haga, no sea yo quién obre sinó el Señor por mí”.

Penetrando en su interior se encuentra el secreto de toda su vida exterior, ésta era sólo el reflejo de aquélla; era el delicado perfume de la flor, que todo lo impregnaba a su alrededor, era el resultado de su vida íntima de profunda unión con su Dios y su Señor.

En esta época recibía sabios consejos que impulsaban su alma por los santos y hermosos caminos que recorría, en primer lugar bajo la sólida base de “Cumplir en todo la Santísima Voluntad de Dios”. El alma unida a esa Voluntad. se le decía. en verdad es un alma santa. Se le ponían por modelo las palabras de Nuestro Señor: “He aquí Dios mío, que he venido a cumplir tu voluntad” y las de San Agustín “Dios mío, dame lo que me pides y mándame lo que quieras”.

Se la impulsaba cada día a una mayor simplicidad. a no mirar mucho su alma para ver su estado, sino más bien abrirla totalmente para recibir la acción santificadora de Dios. “La vida natural. se le decía. en sus múltiples manifestaciones, respiración. circulación, no se la siente. se la vive. Desde el momento que se comienza a sentir, mala señal. Igual cosa en el espíritu; hay que dejar que la gracia haga su obra. como crecen las flores, como sopla la brisa. calladamente. sin sentirlo y sobre todo... sin saberlo. Piense mucho en la Paternidad de Dios y déjese conducir por El. “Creo en Dios Padre”, Crea en El. Es Padre que nos ama con amor eterno y en cuyos brazos vamos muy seguros.

“Los caminos de que hablan los Místicos, “las noches” de su Santo Padre son en gran parte este caminar sin saber adonde Dios la lleva, dejándose conducir mansamente.

“No se mire a Ud. mire a Dios, corresponda a cada instante a la acción de Dios en su alma. Mirada tranquila en Dios. Ver lo que El quiere. Donación plena, momento a momento a esa voluntad de Dios. Ninguna actividad forzada, ni nada que no nazca del corazón y sobre todo guardar su paz. Esa paz de Dios que supera a todo sentimiento”.

Así guiada llegaba nuestra amada Madre, a los umbrales de su eterna Patria. Su barquilla iba a velas desplegadas, nosotros notábamos su rápido bogar, pero no pensábamos, que arribaría tan presto al mar sin fondo y sin riberas del infinito amor... más... aún nos queda un año tres meses, en que la podemos seguir y recoger sus últimas lecciones y ver sus últimas ascensiones hasta Dios.

Pero antes digamos algo sobre un punto de importancia, del que hemos guardado silencio en todo el curso de esta relación, siguiendo, sin casi quererlo, el ejemplo que ella siempre nos dió de ocultarla, de cubrirla con un denso velo, nos referimos a su penitencia. Si sobre algo guardó el más completo silencio, fué sobre ella. Acudiendo a las cartas de sus Directores, vemos como desde el principio hasta el fin de su vida, estuvo animada de un gran espíritu de penitencia. Continuamente la estaban moderando, pues le dicen. Ud. siempre es inclinada a un rigor demasiado exesivo que hay sujetar. Y también le responden a una consulta sobre el particular “no me sorprende que llevada de sus deseos de reparar se haya impuesto lo que me indica, pero teniendo en cuenta su físico y los muchos años que ya lleva este género de vida, no puedo menos de reconocer que dañará demasiado su salud y aún, en cierto modo, le puede impedir el mismo adelanto espiritual, si no cuenta con una ayuda muy especial de Dios. Por un lado no quisiera privarla, del todo, de un bien tan grande, como es sufrir con Nuestro Señor y

por El y por otro, encuentro que debe dominar los rigores de su penitencia en la manera que le indico". Y se le permite seguir en forma nada suave.

Continuamente está solicitando licencia para satisfacer la sed que siente de penitencia. lo que no es extraño en esta alma que tanta luz tenía de la Majestad de Dios y tan honda idea de su miseria.

Hasta el final de su vida pide con instancias permiso para ellas. dice: "Ahora mis penitencias están reducidas a las disciplinas. quisiera tomarlas muy seguido y muy rigurosas".

Sin embargo. si en algo hizo un estudio especial. fué en no dejar ni siquiera traslucir su penitencia. nunca hacía la más leve referencia a algo que la pudiera hacer comprender. Su vida de incontables malestares físicos, parecía eran para ella una mortificación suficientemente rigurosa; tanto más cuanto que los sabía llevar. según los deseos de su Santa Madre, haciéndoles el menor caso posible, sobreponiéndose varonilmente. sin prolongar jamás sus enfermedades y dejando todas las que le eran posibles, para que sólo las supiera su Señor.

Pero a su Reia., no le bastaban y supo. a ejemplo de la mortificada y penitente Orden religiosa a la que pertenecía, hacer subir ante Dios, el incienso de su oración penitente, animada de un profundo espíritu de Reparación. "El amor no es amado"... repetía incontables veces, con su amada Santa María Magdalena de Pazzis. Reparar esa falta de amor y encenderlo en los corazones. era el fin principal que buscaba, al macerar su carne virginal.

ULTIMO AÑO DE SU VIDA

Transcurrieron seis años ocupados por parte de nuestra querida Madre, en promover la gloria de Dios. en amar y servir a sus hermanas y en hacer el bien a cuantas personas tuvieron con ella alguna relación.

Llegaba a su término como el viajero, que aunque contento y agradecido por todas las pruebas de cariño y ayuda, que ha recibido en el curso de su jornada, siente inmensa necesidad de reposar y descansar, dejando a la vera del camino, el peso de sus responsabilidades y preocupaciones.

Ese día fué el 19 de Julio de 1943. Desde ese instante se la vió doblar enteramente la hoja de su priorato, para comenzar la vida común. Muchas obras que vivamente le interesaban, quedaron a medio camino. En qué forma tan ejemplar procuré suavemente, sin hacerlo sentir despreocuparse de todo; eclipsarse también prudentemente, de manera que su influencia personal no fuera a ser causa de ningún menoscabo para la nueva autoridad. Siguió siempre rodeada de todo el respeto y de todo el cariño que su Rcia. tanto merecía, pero ello lo tomaba con mucha discreción; esperaba, nunca se adelantaba; al consultarla con sencillez exponía su opinión, si se le pedía un consejo gustosamente lo daba, envolviéndolo todo en un algo de agradecimiento y humildad.

Tenía un corazón sensible, y muy sensible e imposible era, que esta reserva y desprendimiento no le impusiera, sobre todo a los comienzos, sacrificios y tal vez muy dolorosos; pero ella demostraba encontrar por aquí toda su felicidad.

En el año 1941 en que se había vuelto a abrir el Noviciado, se le pidió, por la experiencia que tenía en la formación de las novicias, tomara también sobre sí esta nueva responsabilidad. Desde entonces lo tenía a su cargo, al terminar su priorato, quedó confirmada, nuevamente, como Maestra de Novicias. Con qué entusiasmo se entregó por completo a la formación de las tres hermanas que en el Noviciado había. Parecía la Madre que al descargarla de otras ocupaciones se dá de lleno, al cuidado de sus hijos pequeñitos, no omitía atenciones para ellas; dedicándoles la mejor parte, del poco tiempo que viviría a su lado, así como quien lo presente, para darles lo más posible. "No me pesan decía, me alegran y me consuelan; después de haber

tenido tantas preocupaciones, son un descanso para mí” y las amaba con toda la ternura de su corazón, como a sus pequeños Benjamines.

A pesar que su alma tendía tanto a la oración, no le impedía el espíritu del trabajo. Además del Noviciado se ocupaba en el desempeño de algún oficio de la Comunidad, casi todo el tiempo fué provisora, oficio que desempeñaba con mucho orden y caridad. Los ratos libres, que no le fataban, los empleaba en ordenar y arreglar cuanto tenía cerca de sí, pues era lo que se llama una persona muy ordenada. Cuánto gusto nos daba verla con su gran delantal y con sus inseparables amigos, la escoba y el plumero, los que nunca la cansaban.

Tampoco se dispensaba de los oficios de tabla o de semana. Era tan ejemplar verla sirviendo su semana correspondiente en el Refectorio, lo que hacía con gran atención, prolijidad y destreza y sin duda con una dosis muy grande de sacrificio. Sufríamos al verla imponerse tales esfuerzos, pero mayor pena habría sido para su Reia, una privación. Decía: “no ignoro que hay muchos ojos puestos en mí y tengo la obligación de encaminarlos, enseñarles que una religiosa no se debe jubilar de sus obligaciones, sino es por una grave dolencia o imposibilidad, por lo que la autoridad la descargue por si misma y ella estar siempre pronta para cumplir sus oficios. Más enseño con una semana de servicio que con un mes de predicaciones”. Ante estas razones había que dejarla servir al igual de cualquiera de las hermanas.

Estaba tan preocupada de su perfección y de la perfección y del florecimiento de todas las virtudes, en su cada día más amada Comunidad. Por eso se daba de lleno por completo; no omitía esfuerzos para trabajar en nuestro favor, por medio del

ejemplo y la palabra y a la vez por darnos alegría y felicidad. Sí, la alegría era una de las notas sobresalientes de su carácter, si no la diéramos a conocer faltaría una parte muy principal de su fisonomía moral. Su risa franca, acogedora, cariñosa, abría tanto la confianza con su Rcía. que era uno de los medios que tenía para ganar los corazones y para dejarlos dilatarse confiados, junto a su comprensivo corazón. En todas nuestras recreaciones e inocentes pasatiempos, una de las cosas en que se pensaba era, ¿cómo los va a celebrar la Madre María Angela? así era y generalmente la alegría y el entusiasmo de nuestra amada Madre, formaba el mejor número del programa.

A su vez para acompañar los Villancicos de Navidad y los cantos con que festejamos de costumbre a la Madre Priora, en los días de su santo, aprendió en su juventud a tocar la guitarra. Nunca se nos olvidará la gracia con que lo hacía, cantando con sus novicias para alegrar y enfervorizar a sus hermanas. Tenía una hermosa voz y su canto era sencillo y religioso. Imposible era no reír, cuando ella reía y no celebrarle sus oportunísimas ocurrencias y simpáticos decires.

Con ella parece que se fué algo, que siempre nos alegraba... algo que aumentaba nuestra felicidad...

Esta alegría junto a su fina caridad, formaba uno de los mayores alivios en nuestras enfermedades. Con qué cariño, con qué interés se sentaba a nuestro lado, se imponía de todo, se compadecía, se afligía vivamente, haciendo sentir la ternura de su corazón maternal y no omitiendo nada para nuestra curación y alivio. Unido a ésto había en su Rcía, un aire de paz, de tranquilidad, que comunicaba bienestar y siempre sabía decir algo agradable, un consejo discreto y oportuno, una conversación que distraía y hacía bien; por lo tanto se la veía irse con sentimiento y se la esperaba con mucha alegría.

En el diario vivir continuamente se recurría a su Rcía., en demanda de algún servicio. Con tanto gusto que los prestaba, de cualquier género que fueran, nunca demostraba cansancio o

sacrificio, afanosa buscaba cuanto se demandaba a su obsequiosa caridad.

A su vez ella tenía una como tendencia a consultar y a pedir que se le enseñara, de ésto no se desdeñaba nunca. Con qué asidua atención se ponía a ejecutar las cosas como se le decían, aunque fuera la menor de sus hijas la que en ese momento le servía de maestra. Qué contento experimentaba si le quedaban bien o las comprendía. Nunca se nos olvidarán sus exclamaciones, llenas de gusto y simpatía; ni tampoco la mirada picaresca, que sorprendíamos, a veces, en sus ojos que decían, pobrecitas mis hijas, me dejó enseñar para que aprendan mejor a obedecer y a ser humildes, pues yo sola me podría desenvolver muy bien. Ella nada perdía, ni nada omitía para hacer el bien a las almas.

Día a día que pasaba se notaba en su Rcia., como se alejaba de la tierra y se acercaba al Cielo. Había afán por desprenderse de todo y por concentrarse en sólo Dios. Su porte siempre tan modesto y religioso se iba revistiendo de un aire venerable. Desde que se la veía venir a lo lejos por nuestros claustros se iba sintiendo su benéfica influencia. Al pasar junto a su Rcia., en medio de ese recogimiento tan sencillo y tan natural, que la caracterizaba, nos daba una mirada llena de dulzura y al saludarnos con las palabras de “Alabado sea Jesucristo” nos dirigía su mejor, su más cariñosa sonrisa. Ella bastaba para decirnos tantas cosas; daba ánimo al corazón que sufría, fuerza a la naturaleza que sentía el dolor o el cansancio físico; repartía tranquilidad, alegría, paz, mucha paz. Sí, con toda verdad podemos decir, que pasaba como el buen Jesús “haciendo el bien”.

Esta cristalina fuente que refrescaba con sus benéficas aguas, este huerto cerrado del Carmelo, se alimentaba de la misma Fuente de la Vida, por eso no había temor de que toda alma que

necesitara o que quisiera, pudiera ir a beber de ella, sin miedo de disminuir en lo más mínimo, el caudal de su caridad y de su virtud. Cada día se encontraba con más profundidad, con más prudencia, con más discreción. la ayuda, el consejo, la palabra oportuna y sobre todo el llamado a darse por completo a Jesús; a cuidar el alma como el más precioso tesoro, para ofrecerlo enteramente a la gloria de Dios y al bien de la Santa Iglesia. Invitaciones apremiantes a una mayor perfección, a una delicada observancia, a vivir de lleno la sublimidad de nuestra vocación Carmelitana.

El día de la Transfiguración del Señor, deja estampada en un consejo, el compendio de la experiencia de su vida, despojado de toda complicación, sencillo, evangélico, dice: “Lo único que nos llevará a la verdadera santidad nos lo señaló nuestro Padre Celestial. cuando dejando oír su voz nos dijo: “Este es mi Hijo muy amado, escuchadle” ¿qué más queremos? Escuchemos a Jesús, trabajemos cada día sin cansarnos, sin desfallecer por irnos asemejando a nuestro Divino Modelo, no lo perdamos nunca de vista, acostumbémonos a seguir las máximas de su Evangelio en todos los actos de nuestra vida. Que sea el Evangelio el que ilumine nuestros pasos. Pidámosle a El mismo, que ponga en nuestra mente sus pensamientos, en nuestra alma y corazón sus sentimientos. Pidámoslo con mucha humildad y constancia, que El en su misericordia nos oirá y tendremos la dicha de llegar al fin de nuestra carrera, teniendo grabada en el alma, la Imagen de nuestro Esposo Jesús”.

La lectura fué siempre para nuestra querida Madre, uno de los mayores medios de cultivar e iluminar su alma, gozaba y se aprovechaba intensamente de ella. El Evangelio y las obras de nuestros Santos Padres Teresa y Juan, fueron el manjar continuo que la alimentaron espiritualmente. “Cuánto gozo, decía. con su lectura. Para leerlos con mucha devoción y provecho, me imagino que es el mismo Jesús, nuestra Santa Madre, nuestro Padre San Juan. según lo que leo, quien me está personalmen-

te hablando y enseñando". Muy poco antes de morir teniendo entre sus manos las obras de nuestro Padre San Juan, dijo a una de las hermanas: "cuánto lo amo, le estoy tan agradecida, mis Padres me han llevado como de la mano, en todo el recorrido de mi vida espiritual".

En su espíritu amplio también encontraban cabida otras obras, siendo ellas escogidas. Dos caracteres se requerían para que le gustaran, la ciencia espiritual que viniera a aclarar y aumentar la luz de su espíritu, en forma sólida y la unción que satisficiera la devoción que ardía en su corazón. Uno de los últimos gocecs, más puros, que tuvo en esta vida, se lo proporcionó la lectura de "La Doctrina Espiritual de Sor Isabel de la Trinidad" del Padre Philipón. Ella nos dirá más adelante el provecho inmenso que hizo a su alma este libro.

ULTIMA MIRADA

Quisiera tener todas las delicadezas, toda la unción con que se trata lo santo, para levantar por última vez el velo, con que cubría la hermosura de su interior esta hija del Rey, que fué nuestra Madre y nuestra hermana.

Con veneración y con respeto y con verdad recogeré y manifestaré, lo que el Señor nos conservó para alabarlo a El y para aprovecharnos. Con todo el movimiento de su espíritu tiende directamente a Dios, hace un llamado a su alma y le dice: "Oh alma mía! esfuérzate para que Dios sea para tí "TU DIOS EN TODAS LAS COSAS".

"Dejemos pasar todo lo que pasa, nosotros tengamos el alma recogida en Dios". Al exponer a su Director, su vida íntima, su Rcia., dice así: "Nuestro Señor me pide mucha soledad y silencio. pareceme sentir en mi interior un llamado apremiante a guardar todas las energías de mi alma "SOLO PARA DIOS". Por eso procuro retirarme, lo más que puedo, de todo comercio con las creaturas, de toda noticia que no necesito saber, de toda

conversación no neccsaria, guardando así mi alma, toda entera para Dios, en soledad y silencio. Pero todo ésto exterior me sería casi inútil si no procurara el silencio interior, es decir ningún pensamiento que a nada conduzca, ninguna idea que perturbe mi alma: lo cual es más difícil, pero enfin, el abandono y la confianza en Dios, son mis grandes cooperadores, a ésta paz y a este silencio de que me voy llenando y del que tenía tanta necesidad.

“Mi alma se va apaciguando mucho, siento a ratos muy cerca a Nuestro Señor; otras veces no le siento, pero no importa, ya me dice hasta el cansancio nuestro Padre San Juan, que no está en el sentir o no sentir, sino en la fe. Olvidarse, perderse completamente a sí misma es algo tan indispensable y ¿qué cosa puede haber más dulce aquí en esta tierra miserable, que perderse totalmente para encontrarse en Dios?

“Guiada por la insinuación de la gracia en mí, procuro mantenerme durante el día recogida en el interior, lo más que puedo, mi ocupación ahí es amar y adorar. En medio de mis trabajos, si me vienen pensamientos piadosos, ya sea recordar algo de la vida de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen, de los Santos, de la Iglesia, de las almas. Me entretengo mucho en ellos, me ayudan a mantener la alegría en el corazón, Si necesito pensar, para cumplir con mis deberes, y no olvidar algún detalle, también pienso lo necesario. A todo lo demás inútil, le tengo enteramente cerrada las puertas. Con ésto tengo gran paz en el interior y parece que sólo hubiera una ventanita por donde veo el Cielo y entra hasta mí muy suave luz.

“En cambio de este silencio que procuro mantener, mi buen Dios viene en mi ayuda y me hace sentir el cumplimiento de la palabra de Nuestro Señor: “Vendremos a El y haremos mansión dentro de él” y me parece sentir en mi alma la Presencia de la Santísima Trinidad. En ella encuentro a Cristo y puedo penetrar un poquito en su Alma Santísima, otras veces penetro en el alma de la Santísima Virgen, en fin ésto es según lo que quie-

ra el Señor. porque aquí no hay nada mío. Ni aún penetrando en el alma de Nuestro Señor. puedo yo poner nada de mi parte, porque si esto hiciera. inmediatamente con mis toscas reflexiones lo apagaría todo. lo echaría a perder y me quedaría en sequedad”.

Lo que más conmueve al oírla. era la armonía perfecta que había entre sus palabras y sus obras. Ahora vemos como su alma se reflejaba entera en todos los detalles de su vida. Nada hacía al acaso la Madre. Todo era un plan perfecto que guiaba la mano de Dios. En ese plan entraban todavía oscuridades y congojas que fueron terminando en su Rcia., la obra de purificación y afinamiento interior.

“Un día dice. en que estaba muy afligida y le pedía a Nuestro Señor. que me diera un rato de paz y le decía angustiada: “Abreme tu Corazón. déjame descansar en El. dime ¿dónde encontraré la paz?... Mi Dios tan bueno. dejó oír su respuesta por tres veces en mi interior. repitiendo estas palabras “NADA. NADA. NADA”. y comprendí que ahí estaba la paz... Comprendí que entrando de lleno en las Nadas. de nuestro Padre San Juan de la Cruz. ellas nos vacían de todo lo que no es Dios y nos van llenando de Dios.

“Principiar este camino. renunciar a todo parece duro: pero a medida que se va entrando en él. se va encontrando la paz, se va encontrando lo positivo. porque se va encontrando lo único real. lo único verdadero. QUE ES DIOS.

“Entiéndelo alma mía... y ámate...”.

Fecunda fué para el alma de su Rcia. esta enseñanza de su Señor. y de ella sacó mayor orientación y un nuevo camino de luz.

“Es notable la obra que Nuestro Señor va haciendo en mí. dice ella, me siento sumamente cambiada. en una forma que se se ve claramente que es El. no yo, el que obra en mí. Siento que es el mismo Señor el que me ilumina. Lo pienso así. porque sigo siendo igual a lo que he sido siempre. si la gracia de Dios no

se dejara sentir mucho más vivamente. Parece que el demonio ha perdido mucho de su poder para perturbarme el alma. Cuando él llega con sus angustias, antes que yo me dé cuenta de que se trata, ya mi alma ha volado como un pajarito, a las manos de Dios y ahí en esas Divinas Manos, todo lo puedo vencer, quedando en paz.

“En estos días tenía una pena y turbación bien grandes. cuando de repente oí que el Señor, algo me decía y alcancé a percibir estas palabras ¿Por qué no te fías de Mí? ¿cuándo te he desamparado? ¿no te he ayudado siempre?... Creo que no fué ilusión mía, porque he quedado con un aumento muy grande de confianza en Dios y de abandono en sus manos.

“Siempre tengo mis ratos de harta amargura bajo el peso de mi miseria, miro al Cielo y me parece no es para mí. Pero ahora es de muy distinta manera, no es esa cosa que oprime y desespera: es el sentimiento del alma que nada espera de sí, pero que todo lo espera de Dios y de su misericordia y que confía sin ninguna duda, que El todo lo puede remediar.

“Ahora mi abyección, mis miserias, mis pecados me sirven como de medios para ir a Dios; no me asusta el verme miserable, sino que aumenta mi confianza. El otro día recordé lo que le pasó a San Jerónimo. Ofreciéndose el Santo enteramente a Dios, El le contestó “Jerónimo, no me has dado todo”. El Santo se sorprendió creyendo no haberse reservado nada. “Jerónimo, le dijo el Señor, no me has dado tus pecados”. Entonces yo, con mucha humildad, le entregué también todos mis pecados y sentí que mi alma se inundaba de paz”.

Así apoyada en su humildad y en las Nadas de nuestro Padre San Juan, se preparaba para nuevas gracias, para los últimos golpes de remo, que llevarían su alma al Océano sin fin del amor, de la luz y de la paz. Sigámosla en silencio.

Casi es mejor no interrumpirla.

Habla en forma muy tierna y muestra su gran amor a su dulcísima Madre del Cielo, dice: “Mi amor por Ella es muy grande, me entregué a mi Madre desde que estaba joven. Ella me enseñó lo que llaman “el secreto de María” muchos años después cayó en mis manos la doctrina de Montfort. Cada día se aumenta más en mí este amor a la Santísima Virgen, la siento tan cerca, tan Madre. Siento que me busca mucho. Le digo muchas veces “mamá” y me responde. Quiero vivir con Ella en grande intimidad”. Así fué, se estableció entre la Madre y la hija una unión casi completa como lo iremos viendo.

Entre tanto Dios solicitaba su alma para trabajar más y más por su gloria y sus intereses, para ésto aviva su vocación Carmelitana.

“Cada día, dice, estoy más penetrada de la necesidad, de la obligación grande que pesa sobre cada Carmelita, de orar por las necesidades de la Iglesia, especialmente por sus sacerdotes. Esta es la herencia que nos legó nuestra Santa Madre y creo que en los tiempos actuales, urge como nunca llenar lo mejor posible esta misión. Llevada de este deseo he hecho una DONACION ABSOLUTA, por la Santa Iglesia en especial por mi Diócesis, por mi Prelado, por sus sacerdotes y por todas sus obras apostólicas.

“Deseo con muchas ansias darme a una vida muy intensa de oración y de sacrificio, ése será el medio de cumplir mi donación; para este fin siento la necesidad de vivir crucificada con Cristo. Un día encontré estas palabras que me conmovieron mucho: “Yo sólo he pisado el lagar, sin que nadie haya estado conmigo, busqué quien me consolara y no lo hallé”. ¡Ay! no quisiera dejar sólo al Señor en su obra redentora, quisiera ser su consuelo, compartirla con El. Veo delante de mí una multitud de almas ¡tan necesitadas!...

“Hoy por hoy lo único que se me ocurre y estoy procurando ponerlo por obra, para principiar a llevar esta vida de crucifixión, es aceptar con energía de corazón todo lo que se me

presente desagradable, ya sea pequeño o grande, sin que nadie lo sepa. Estas cositas no faltan y bien dolorosas a veces, ya sea para el espíritu, para el corazón y también físicas.

“De este modo esta pobre Carmelita encerrada entre cuatro paredes, ayudará con todas sus fuerzas, en el silencio, en la oración, en el sacrificio, con su vida, con su muerte, a su Madre la Santa Iglesia”.

De aquí sacaba su Reia. las energías para vencerse incansable, en todos los momentos de su diario vivir: en los cuales el Señor sabe muy bien, ir compartiendo con nosotras, las astillitas de su Cruz. De ahí sacaba lecciones tan bellas y de tanta enseñanza como ésta:

“Para vivir sola con Dios solo, es indispensable olvidarse, morir enteramente a sí misma. Este yo que nos hace perder tanto tiempo. Como tal considero, todo él que se dá a la sensibilidad cuando algo nos hiere o hace sufrir, al amor propio revestido con capa de “corazón sensible” de “sentimientos delicados”. Cuanto tiempo, tal vez, más miserablemente perdido cuando se dice con despecho, “al fin a mí que me importa, no tengo ninguna necesidad”. Nó alma mía, no es ésto o aquello lo que pretende tu Amado. Mira las cosas siempre con espíritu de fe. Cuando El, permite lo que llamamos “desengaño” es para hacernos más humildes, para acercarnos más a su Amado Corazón. Miremos las cosas con paz, con humildad ¿por qué hemos de querer ser amados, ser preferidos? por qué hemos de tener sentimiento si se nos deja? Al fin y al cabo ¿no somos de Dios? no es El el que dispone de nosotras ¿no es su gloria lo único que debe interesarnos?”

“Aprovechando todo lo que la vida nos presenta, nos iremos crucificando con Cristo para salvarle las almas”.

SU SANTISIMA MADRE

Llegó para su Reia. la última Cuaresma que pasaría sobre la tierra, en ella recibió gracias de predilección, muy grandes, de

parte de su Reina y de su Madre. El Viernes Santo, nos deja fielmente anotada la gran unión, que entre Madre e hija se formó, dice así:

“En días anteriores más o menos 15 días, me he sentido tan atraída a honrar a la Santísima Virgen, en la vida que llevó después que su Santísimo Hijo subió al Cielo, redimido ya el género humano y quedó mi dulce Madre en el mundo, para ayudar a los Apóstoles, en la formación de la Iglesia naciente. Hoy Viernes Santo he tenido pensamientos muy profundos, sobre lo que pasaría en el alma de la Santísima Virgen, después de la muerte de su Hijo. Parecíame que Ella estaba muy cerca de mí, como a mi lado y comprendía algo, de la profundidad de sus pensamientos; ya Ella estaba en posesión de todo el plan de la Redención, se sentía verdaderamente Madre del linaje humano redimido con la Sangre de su Hijo y de su Dios. Ella estaba constituida al pie de la Cruz, Madre de los hombres, por lo tanto se sentía en unión con El, Corredentora. Se reflejaba en la Santísima Virgen una gravedad, una majestad imposible de explicar. Comprendía yo, que pensaba en algo, pero sus pensamientos eran de una profundidad tal, que no se llegaban a comprender, ni menos a decir con el lenguaje humano. Pensaba en su Misión y se entregaba plenamente a ella. Se entregaba a sostener la Iglesia que nacía, a ayudar las almas rescatadas con Sangre Divina y a precio de tales padecimientos. ¡Qué grandeza, qué dignidad, qué profundidad había en el alma de mi dulce Madre! y yo siento que Ella en esta etapa de su vida, se me dá por modelo. Nuestro Señor me impulsa a que me entregue a mi Madre plena y absolutamente. Obedeciendo a esta inspiración y voluntad del Señor, renové mi voto de Esclavitud a la Santísima Virgen y me pareció entonces, que Ella no me quería por esclava, sino que me tomaba por hija y sentía como que algo de esa Majestad y grandeza de miras que había en el alma de mi dulce Madre, se reflejaba en la mía pobre y pecadora. Me sentí muy cerca de mi Madrecita del Cielo, la sentía a mi lado.

que los intereses de Nuestro Señor me los entregaba. A mi memoria vinieron: la Iglesia, la Diócesis, mi Prelado, las almas, la Comunidad.

“He sentido en mi espíritu, que es ésto algo muy serio, de una inmensa grandeza; se trata de los intereses de la Iglesia. de las almas redimidas a precio de Sangre Divina. A la Santísima Virgen la noto impregnada en su alma, en su corazón de la gravedad de lo que todo esto significa. Se trata de su Hijo. de su Dios. ¡LA GLORIA DE DIOS, LA SANTA IGLESIA, SALVAR LAS ALMAS!... Me ha hecho sentir algo de sus sentimientos. Ella quiere asociarme... ¡Dios mío! a esta pobre pecadora. para que la ayude... ésto parece increíble... y siento que la Santísima Virgen quiere oír mis peticiones.

“¿Qué se propone Nuestro Señor hacer? Nada sé, ni necesito saberlo. Debo dárme a la Santísima Virgen, vivir en su compañía. Los intereses de Ella van a ser los míos, LA IGLESIA. LAS ALMAS, paréceme fué lo que me especificó en el primer momento, la Diócesis, la Comunidad en seguida.

“No me canso de repetir que es muy serio, en el sentido que es lo más grande que puede haber aquí en la tierra. La gloria de Dios, la Sangre de Nuestro Señor. no son cosas de niño. no son cosas para mirarlas superficialmente.

“Yo no pienso nada de todo esto, me humillo hasta el polvo. me acuerdo de las palabras de la Santísima Virgen“ He aquí. la esclava del Señor” más yo no me atrevo a repetir las, en mí, sería profanarlas. Pero mi dulce Madre. sabe muy bien que si me quiere. aquí estoy. con profundo agradecimiento. con profunda humildad, pronta a servirla y a ayudarla en lo que quiera.

“He quedado con el alma muy recogida, con una sencillez grave y seria; en paz. en inmensa gratitud; no llegando a comprender que a mí... que en mí, pueda fijar sus ojos la Santísima Virgen”.

Qué eficacia no tendría ya, la oración, los sacrificios, la vida y más aún la muerte, de esta humilde religiosa Carmelita, para todo el Cuerpo Místico de Cristo, en especial para la Diócesis a que pertenecía. Ella se pregunta ¿qué se propone el Señor hacer? La respuesta la tuvimos muy pronto, después de leer lo anterior ya no nos extraña su muerte. Pero recordando que la Eterna Verdad ha dicho, si el grano de trigo no muere, no fructificará, sentimos toda la seguridad, que para eso, su Madre del Carmelo, se la llevó a los pocos meses de asociarla a su misión: para que su vida por medio de su muerte, fructificara en bien de la Iglesia, de las almas y de toda su Diócesis: en bien de su Comunidad y de toda nuestra santa Orden, y en bien muy especial de su amada Patria Chilena.

Su preciosa existencia estaba plenamente iluminada, por los dos grandes focos de la luz y del amor, el Corazón de Jesús y el de su Madre Santísima. Por eso recibió nuestra querida Madre, con singularísimas muestras de júbilo, el anuncio del Congreso de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Cuánto oró y cuántos sacrificios ofreció, desde el retiro de su Convento, por su feliz realización. Palpitaba su corazón de entusiasmo al solo pensamiento, que los Sagrados Corazones fueran en su Patria, pública y triunfalmente amados y aclamados.

Cada movimiento grande de la vida de la Iglesia, cada Congreso Eucarístico conmovía hasta las últimas fibras de su corazón. Activa, fervorosa participaba entusiasta, en esas grandes manifestaciones de fe con los medios que se le habían confiado, la oración y el sacrificio. En los días de su celebración estaba con extraordinario recogimiento. “Cuando sé decía, que Jesús en el Sacramento de su Amor, es amado por millares de corazones, cuando miles de miles de voces lo vivan y lo aclaman; cuando millares de pechos lo reciben con amor y con fe, conmovidos por

el fuego que el Espíritu Santo reparte en estos días venturosos. experimentó el mayor goce que puedo tener en esta vida: pues yo no tengo otro anhelo, ni otro deseo, que mi Dios sea amado, que sea glorificado por todas sus creaturas". La Madre M. Angela. no vivía al margen de la vida de su Madre la Iglesia. nó. ella participaba intensamente de todos sus movimientos y manifestaciones, sus triunfos eran sus más puros y mayores goces, sus sufrimientos sus más agudos y sentidos dolores.

Nada sucede al acaso en la vida de los escogidos del Señor, todo es una prueba de esta gran verdad. Asi en estos últimos meses llegaron hasta su Rcia., por diversos caminos, dos obras que viendo los efectos que produjeron en su alma estaban destinadas ambas, a hacerla descansar de lleno, en los brazos de su Padre Celestial, fueron ellos. "La Doctrina Espiritual de Sor Isabel de la Trinidad" y los "Diálogos del Padre Celestial con Santa Catalina de Sena".

Del primero dice: "Cuánto me ha aprovechado su doctrina. me atrae entera plenamente. es toda la insinuación de la gracia en mí. Salvando la inmensa distancia que hay, entre Isabelita santa y esta pobre Carmelita. he encontrado en su doctrina idénticos ideales, idéntico modo de pensar; casi estoy por decir que el Señor me ha llamado en la misma forma.

"Pero no debo quedarme en admirar la doctrina. tampoco quiero quedarme en procurar asimilarla íntegra en mí misma. ni en penetrarla lo más a fondo posible. Mi trabajo insistente debe ser, ponerla en práctica y esta misma práctica. será lo que me haga. poco a poco. asimilarla y profundizarla. Mi práctica será:

1.^o Vivir dentro de mí haciéndole compañía al Huésped Divino.

2.^o Cuando note que mi alma se ha distraído, inmediatamente con dulzura y suavidad. llevarla al interior.

3.º Tener un cuidado especial en las ocasiones de perturbación, en los sucesos desagradables, en que el alma suele quedar destrozada; por nada de este mundo debo permitir que ésto me suceda, acordarme entonces, que dentro de mí tengo mi “Casa Paterna”, recogerme ahí inmediatamente.

“Volar al lugar de mi descanso, apaciguar en él mi alma.

“Que nunca os deje solo, dice Isabel en su oración. Esta es la parte necesaria para seguir su camino. “NO DEJAR NUNCA SOLO AL HUESPED DIVINO”.

“La lectura de este libro ha aclarado enteramente para mi alma, la manera como se vá a Dios por Cristo. Como la Santísima Humanidad de Cristo, es el todo para ir a la Santísima Trinidad, comprendo muy bien ese dicho de San Pablo “Mi alma está escondida con Cristo en Dios”.

Refiriéndose al segundo libro dice: “Ha dejado un bien en mi alma que me es difícil explicar. Es un amor inmenso al Padre Celestial y una confianza ilimitada en El. Me siento muy hija de mi Padre y por lo mismo siento una fe sin medida en su Divina Providencia. Veo que cuento con mi Padre Dios, que El vela por sus creaturas con delicadezas increíbles, junto a ésto me siento en lo más íntimo del alma, como llevada por Jesús al Padre. Ahí le pido que me dé su amor, sus sentimientos para con El, porque quiero amarle, si eso fuera posible, con un amor algo parecido al que El le tiene”.

HACIA LA PATRIA VERDADERA

Vimos llegar el mes de Septiembre que por lo general es para nosotras portador de un nuevo refuerzo espiritual, por medio de los Santos Ejercicios. En su segunda quincena recibimos éste, como otros años, la semilla de la divina palabra por labios de uno de nuestros hermanos Carmelitas, que supo explicar con ciencia, claridad y con mucho amor la doctrina de nuestros Santos Padres.

En terreno tan bien dispuesto como era el alma de la Rvda. Madre María Angela, tuvo una amplia y fervorosa acogida su predicación. Cuánto recogimiento guardó en ellos. Al terminarlos su alma quedó encendida en los deseos de la más alta unión con Dios. “Esta es la herencia decía, que nuestros Santos Padres nos han dejado. Para alcanzarla hay que tener suma perfección y fidelidad a la gracia. de manera que cumplamos en todo la Santísima Voluntad de Dios.

“Me he propuesto con la ayuda del Señor, no cometer ninguna imperfección voluntaria, cueste lo que costare y trabajar en la observancia regular con todas mis fuerzas.

“Reordemos que Santa Teresita por su fidelidad que llegó hasta el heroísmo, mereció que Nuestro Señor, antes de morir, le otorgara gracias tan extraordinarias, que la llevaron a esa santidad tan elevada, y sobre todo le concedió la gracia de morir de amor.

“Qué bien comprendo la desnudez, el vacío, que nuestro Padre San Juan enseña. Qué claro he visto que por sus “NADAS” se llega al TODO. Yo que me siento morir por la necesidad de poseer a Dios, qué felicidad es ver este camino que me lo entregará... parece que repercutieran en mis oídos estas palabras: “Ven, ven por aquí yo te entregaré al Todo, por eso que tú sientes que mueres”.

Prosigue: “Hay que ahondar mucho en las Nadas de nuestro Padre San Juan, no para convertirse en un erizo que nadie pueda tocar, sino en un águila de vuelo muy alto y con corazón de paloma, para amar a Nuestro Señor con la simplicidad y pureza que El desea de nosotros”.

¿No es verdad qué en estas líneas se retrata su Reverencia? Iba tras de su Dios, con la elevación del águila Real y con la sencillez de la Paloma.

El gran trabajo espiritual de toda su vida fue, el de hacer en sí misma ese vacío, ese despojo de todo lo humano, siguiendo los arduos caminos de las purificaciones y de las “Noches”, reei-

biendo a través de ellos, las aquilatadoras "Llamas del Amor" que la elevaban y transformaban para llegar a asentarse firmemente allá, donde Dios es Todo y donde fuera de El, todo es nada. Ella describe con el recuerdo de una luz del pasado, que sus esfuerzos diarios convirtieron en realidad, la región en donde vivió y en la que su alma recibe las comunicaciones del Señor.

"Hace años, dice, que Dios permitió que yo pobre creatura suya, viera con los ojos del alma un lugar solitario preciosísimo, cubierto de flores, de una frescura deliciosa: su soledad suspendía el alma haciéndola sentir inmensa paz. La entrada para penetrar a este lugar tan fresco, tan dulce, a esta soledad tranquila y clara, era una gran Cruz luminosa, con los suaves destellos de la luna, estaba plantada en un terreno firmísimo que nada, ni nadie era capaz de mover; mas tenía la rara cualidad de ser traspasable, así se podía entrar y salir a través de ella, sin que sufriera desperfecto. Su significado no lo supe con exactitud, pero me preguntaba: ¿Las Nadas de nuestro Padre San Juan no traerán al alma a ésta incomparable soledad?".

Ahora al finalizar su vida, al exponer su alma, y recordar esta luz de Dios, este lugar solitario en donde se sentía vivir, recibía la confirmación que la llenaba de felicidad, que todo eso era el vivo reflejo de su interior.

Sí, la Cruz estuvo plantada firmemente en todo el curso de su vida, fué su distintivo, como el de toda alma que Dios ama especialmente. Pero su cruz se hizo luminosa, porque la supo unir a la Cruz de su Divino Maestro, porque con la ayuda de la gracia, enseñada por sus Santos Padres, supo despojarla de la parte humana, que se mira a sí misma en el sufrir y tomar su parte divina, que eleva y purifica, que desprende y santifica. Apoyada en su cruz subió las cuestas del alto Monte de Perfección y a través de ella, creemos penetró a su Cumbre, en donde nuestro Padre San Juan señala el Divino Silencio de todo lo humano y en donde solo mora la Honra y la Gloria de Dios.

“¡AMAROS Y GLORIFICAROS DIOS MIO O MORIR!”
Tal fué su lema que supo realizar.

Sin duda no hemos olvidado que abrió su vida espiritual con un hermoso desafío a su Madre Santísima, claramente se vé que Ella se lo aceptó. No podemos dudar que hubo para nuestra amada Madre, una protección muy singular de parte de su dulce Madre, como gustaba llamarla. Su Reverencia mejor que nadie lo comprendía así, su corazón rebosa de amor y gratitud y posiblemente recordando la promesa que le hizo, en los años de su ya lejana juventud, de consagrarle totalmente su vida, si Ella le daba a su Hijo Jesús, se la cumple poco antes de morir, por medio de una total consagración, que dejó aún en borrador sin alcanzar a transcribirla en limpio. Es tan hermosa que no resistimos al deseo de copiarla aquí por ser, tal vez, el último escrito que trazó su mano dictado por su corazón. En ella se entrega a María totalmente, le confía todos sus deseos, todas sus intenciones. Dice:

“¡Oh Madre de Dios, Madre mía! yo me entrego enteramente a Vos como una esclavita de amor o mejor dicho como una hija. Os entrego mi alma, potencias y sentidos, todo lo que tengo, he tenido o puedo tener. Disponed de todo a vuestro gusto y agrado. Todo lo quiero hacer en Vos, por Vos y para Vos, a fin de que me resulte en Jesús, por Jesús y para Jesús y de ahí a la Trinidad Santísima.

“Os ruego por las intenciones de nuestro Santo Padre el Papa, sobre todo por la paz del mundo.

“Os entrego a todas las personas que se han encomendado a mis oraciones, a todas las que piden por mí, a todas las que estoy unida en sociedad de oraciones. Cada vez que alguna persona se encomiende a mis pobres oraciones ¡oh dulce Madre mía! o me pregunte si ruego por ella, hago la intención de colo-

carla inmediatamente en vuestro dulce Corazón, para que allí bien resguardadita, reciba las gracias que necesita y así esa petición de ella y esa aceptación mía no sean palabras inútiles, sino realidades de vida eterna.

“Con Vos Madre mía, unida enteramente a Vos, quiero trabajar por la Santa Iglesia, por los intereses de mi Dios: quiero que El sea tan amado, que El sea tan glorificado, que toda la tierra cante un Himno a su amor, a su gloria, que no resuene en el mundo más que un continuo SANCTUS, SANCTUS, SANCTUS”.

Completando su Consagración a María se encomienda a sus santos predilectos, colocando en primer término a nuestro Padre San José, al que a ejemplo de su Santa Madre, le tuvo una devoción especialísima durante toda su vida. A él acudía en sus necesidades, le encomendaba todas sus empresas. Cuando fué Priora constantemente le estaba invocando y encargándole las obras que emprendía, la reconstrucción de la Capilla decía, era obra suya. Lo mismo le entregaba con gran confianza sus novicias. “¡Oh Padre mío! le dice, me pongo bajo vuestro amparo hoy y todos los días de mi existencia, especialmente os confío el último suspiro de mi vida”.

Invoca también a todos los Angeles y Santos y en particular a los que más ama y de los que ha sido más favorecida. Y aquí no es de olvidar el amor y la compasión, que su corazón sentía, por las benditas Animas del Purgatorio, en cuyo favor tenía hecho el voto llamado de Animas, desde los años de su juventud.

Así, bajo el manto de María, invocando la ayuda de sus santos protectores, y percibiendo con los oídos del alma, el Ven... Ven... de su Divino Esposo que la llama se disponía la amada Madre, para el gran viaje, que tan pronto iba a emprender.

Llegó el día de su santo, día de regocijo para todas, en que le demostraríamos por última vez, nuestro amor y gratitud. Bondadosa y alegre recibía todas las muestras de nuestro cariño. Mas a las 12 del día sintió un gran dolor en una pierna, pensamos que era dolor ciático que tantas veces lo había tenido. Ella, como siempre, se sobrepuso y en nada disminuyó su contento y su alegría y agradeció los obsequios y celebró con vivas muestras de entusiasmo y de gusto. los cantos y festejos con que la celebraban sus hermanas y sus hijas.

Gran parte de la semana le duró su dolor, pero fué disminuyéndole poco a poco. Su estado general no era muy bueno, pero siempre la veíamos con sus dolencias acostumbradas, que a ella no le gustaba se les diera gran importancia. El continuo vivir con las personas, impide a veces que se note el avance de un mal que no se manifiesta claramente, así no le encontrábamos enfermedad de gran cuidado. Parece que una venda cubría nuestros ojos, permitida por el Señor, a fin de que ni con medios humanos, ni con fervientes oraciones le impidiéramos la realización de sus designios.

El Domingo 3 de Octubre, su dolor había desaparecido y pasó un día, al parecer bien. Se hizo, en ese día, el retiro mensual de la Comunidad, su Rcia., estuvo largas horas durante él, en profundo recogimiento en el Coro, a los pies de Jesús Sacramentado, dejando un último recuerdo de su fervor y recibiendo, seguramente, gracias íntimas que desde el Sagrario brotarían, disponiendo y preparando su corazón. En la noche nos acompañó a la recreación de la Comunidad, haciendo uno de esos grandes esfuerzos que su Rcia., acostumbraba; se sentía muy cansada, mas diciendo a sus novicias "hay que ir, así es que vamos" la fué a pasar con todas sus hermanas y oímos por última vez su alegre risa, que celebraba nuestra animada recreación. Al final pidió instantemente licencia para ir a Maitines, porque se encontraba, según decía ella bien; ante sus ruegos se lo permití, pues sabía que con negárselo le daría un gran pesar. Los

rezó con mucho fervor en unión de la Comunidad. haciendo todas sus ceremonias, eran los últimos Maitines de su vida.

Al otro día salió a la Santa Misa, como todos los días la rezó fervorosa en su Misal y muy recogida se la vió acercarse a recibir la Sagrada Comunión. El buen Jesús que tanto amaba y había distinguido con tan especiales gracias. el alma de su fiel esposa, sin duda derramó en esta Comunión. todo lo que su Rcia.. necesitaría para su paso del tiempo a la Eternidad. Ella había dicho. “es tan dulce caer en los brazos del que tanto se ha amado. Jesús”. No es raro que desde ese instante de su última Comunión. quedara colocada en esos brazos divinos, hasta que por ellos fuera depositada. en los de su Padre Celestial. Había dicho poco antes “siento algo misterioso en mi alma. como que Jesús me entregara a su Padre”.

La mañana fué como una de sus tantas mañanas. entregadas al cumplimiento de su deber y a la caridad. A las 8 y media vino una enfermera a atender a una de sus novicias. lo que le dió a su Rcia. la oportunidad de terminar. se puede decir. su vida en un acto de maternal caridad. Todo el tiempo estuvo pendiente. llena de cariño y solicitud. de cuanto hacían a la hija que veía enferma y cuya salud tanto le interesaba. A las 9 más o menos fué hasta la puerta Reglar a acompañar la salida de la enfermera. Todavía nada se le notaba de especial. En el trayecto de vuelta, alguna de las hermanas tuvieron la felicidad de hablarla por última vez. otras de recibir su postrera sonrisa de cariño y de bondad.

Poco antes de las 10 se comenzó a sentir muy fatigada y se fué en dirección del Noviciado. al pasar junto a una hermana se detuvo a hacerle un encargo, hablándole le dijo, “me siento muy mal” y se apoyó en sus brazos, afirmada en ellos llegó hasta su celda. Rápidamente se le comenzaron a hacer las primreas atenciones creyendo que se tranquilizaría pronto. Pero cosa inusita-

da en su Rcía., dijo: “estoy muy enferma, avísenle a Nuestra Madre, llámenme al confesor y al médico, porque me muero”. Al oírla fueron a avisar al torno, inmediatamente se llamó al Hospital a un médico especialista para el corazón, por si se tratara de un ataque. El doctor estaba ahí y a los cuantos minutos, dejando su servicio, llegó a atender a nuestra amada enferma. El no nos alarmó. se trata de algo serio dijo, pero no de peligro inminente.

El Señor que sabía la inmensa aflicción que caería sobre nosotras esa mañana, parece había dispuesto todos los detalles para facilitarnos, en lo posible, cuanto se iba a necesitar. Llegaron personas amigas al Convento, que todas se quedaron para la ateneión de la enferma. Rapidísimamente conseguían los remedios e inyecciones indicadas por el médico. En el primer momento se alivió y estuvimos muy esperanzadas; pero al llamar por teléfono al doctor, para hacerle una consulta respondió, si la reacción no viene con esos remedios, no hay nada que hacer. ¡Qué espada de dolor fueron estas palabras para nuestros corazones!

Pronto se llamó a nuestro Padre confesor. Su Rcía. estaba aparentemente más aliviada, más luego se quejó de un fuerte, de un intenso dolor a la cabeza, oprimiéndosela fuertemente entre sus manos. Al preguntarle ¿qué deseaba? poco antes que llegara el Padre contestó “que me encomienden mucho a Dios”. Estas fueron las últimas palabras que se le oyeron en esta vida, las dijo con paz, sin angustia ni aflicción.

En esos instantes llegaba el Rdo. Padre Gavirati, Superior de los Salesianos, a darle los últimos auxilios de su Madre la Santa Iglesia. Desgraciadamente su Rcía. no le pudo hablar, más creemos que estaba en su conocimiento, pues sólo momentos antes había dicho sus últimas palabras. Recibió la absolución y se le puso la Santa Extremaunción; todas rodeábamos su cama, en medio de un dolor y de una angustia que no se puede describir. Nuestros corazones se unían estrechamente, junto a la

Madre que se nos iba y en esa unión, encontrábamos la fuerza para decir al Señor un Fiat de plena aceptación, de tan inmensa desgracia. El Rdo. Padre se quedó rezando todas las preces de los agonizantes.

Nuevamente llegaron dos médicos y constataron que se había producido un gran derrame cerebral. Nada había que hacer sino besar la Mano Divina, que con certera flecha, había herido a nuestra tan amada Madre y con ella todos nuestros corazones.

El Excelentísimo Señor Obispo se encontraba ese día en Santiago, en vísperas de su viaje al Congreso de Buenos Aires. Conociendo el gran aprecio y afecto filial que su Rcia. tenía por su Prelado, se le dijo, seguras de darle el mayor consuelo, que se le pediría por teléfono su paternal bendición. Nosotras también necesitábamos del auxilio de sus oraciones y de compartir con nuestro Pastor, que siempre solícito está pendiente de la Comunidad, la inmensa pena que inundaba nuestras almas. A la una y media le pudieron comunicar la gravedad de nuestra amada Madre, que fué para su Excelencia, como lo era para nosotras, un gran dolor.

Nuestra querida enferma había caído, al parecer, en un profundo sueño, sin dar muestras de sufrimientos, ni de dolores. A nosotras no nos quedaba más que rezar y acompañarla en medio de nuestras silenciosas lágrimas. A las dos de la tarde hora de Vísperas, la Comunidad las fué a rezar, quedándose algunas de las hermanas junto a su lecho. Le notaron por dos veces como una ola de sangre que pasaba por su rostro, inmediatamente se avisó a la Comunidad y al Padre confesor. Al instante todas nos reunimos en su celda, a las dos y media o un poco antes, llegaba nuevamente el Padre. Su Rcia. aunque no abrió los ojos, pareció despertar de su sueño. En su rostro

medio sonrosado se reflejaba una paz, una serenidad tan completa, en sus labios se marcó su acostumbrada, su incomparable sonrisa: su respiración se hizo profunda y muy tranquila. Mirarla era el mayor de los consuelos en esos instantes de tanto dolor. Parece que quería endulzarnos su partida con su amable sonreír. Su mano derecha sostenía firmemente el santo Crucifijo de su Profesión, que la había acompañado a través de todo el largo trayecto de su vida religiosa. La voz venerable del Rdo. Padre, rezaba con mucha unción todas las preces del Ritual, que nosotras contestábamos con gran fervor. Nuestros ojos no se apartaban de aquel rostro que nos era tan querido, en él todo era paz, dulzura, serenidad del Cielo.

Llegaron las tres de la tarde, pasaron y ni el Padre ni nosotras vimos en ella, la menor señal que nos indicara su partida, no sabiendo si interrumpir las preces de los agonizantes, para comenzar las de los difuntos. Pero viendo que ya no había, en todo su ser, ninguna manifestación de vida, comprendimos que su preciosa alma, ya había volado a la Presencia de su Dios.

Su muerte fué el reflejo fiel de su vida, tranquila, serena. desceasó dulcemente en los brazos de Aquel que tanto había amado. En el Cielo sabremos lo que pasó en esa última media hora de su vida y que dejó estampada en su rostro humano, una sonrisa de felicidad... Todas las que tuvimos la suerte diré, de acompañarla, en medio de nuestro gran pesar, no podíamos dejar de decir, ¡qué hermoso es irse así, qué muerte tan digna de envidiarse!

Más para las que quedamos qué prueba tan grande, veíamos cuanto iba sucediendo y parecía que no lo comprendíamos. Se cumplieron con ella los últimos deberes; al anocheecer la trasladamos al Coro e incontables veces nos preguntábamos unas a otras ¿es cierto, es verdad este dolor tan inmenso que ha caído

sobre nosotras? Ahí junto al Sagrario, sentíamos mayor fuerza para irnos convenciendo de la realidad. Mirarla entre las flores con que la había rodeado nuestro cariño, sonriendo suavemente en un ambiente de tan profunda paz, nos daba consuelo y nos infundía valor. Esa noche la pasamos junto a sus restos mortales. A su lado en silencio se veía acercarse a sus hermanas, a sus hijas que por largo rato estaban junto a ella, diciéndole lo que no les fué posible decirle, en las cuatro horas en que se las arrebató la muerte, dándole los últimos agradecimientos, por su vida toda empleada en el amor y en el servicio de cada una, encomendándose a su corazón de Madre, seguras que nunca nos olvidará.

Al día siguiente se oficiaron dos Misas, en nuestra Capilla, por el descanso de su alma. Todo el día estuvo colocada junto a la reja. Con rapidez se esparció por la ciudad la noticia de su fallecimiento. Como su Rcia. era muy estimada y muy querida numerosas personas vinieron a verla por última vez. Los Sacerdotes y las Comunidades de Religiosos y Religiosas, se apresuraron a venir a acompañarnos y a manifestarnos su condolencia, lo mismo numerosas personas que nos distinguen con su amistad y aprecio.

A pesar de haber muerto nuestra amada Madre, de un gran derrame cerebral su rostro, sus manos y sus pies se le pusieron de una singular blancura y de un aspecto de juventud y de mucho agrado. A todas las personas que la vieron, que fueron muchas, les inspiraba un gran fervor, a una voz decían, si parece una imagen, una virgen dormida. Su blancura sonrosada, les llamaba mucho la atención ¿por qué está así decían? uno no se cansa de mirarla. Se les daba la única explicación que eso tenía. Tiene que ser el reflejo de Dios, en sus virginales despojos.

Al anochecer del Martes hubo que cumplir otro gran deber, colocarla en su ataúd. Con todo el amor y el respeto que nos inspiraba la pusimos ahí, después con el velo negro de su Pro-

fesión le cubrí el rostro, que aún no había dejado de sonreír. Las lágrimas de todos nuestros ojos se mezclaron con la tierra que tuve que esparcir sobre ella, cumpliendo las indicaciones de nuestro Ritual.

El Miércoles 11 se celebraron solemnemente las Honras a las 9 A. M. Las ofició el Sr. Cura Párroco del Sagrario, Pbro. Don Jorge Labarca, acompañado del Capellán del Monasterio y de uno de los Rdos. Padres Dominicos, estando el canto a cargo de la Comunidad. Se reunieron en nuestra Capilla algunos de los miembros de la familia de su Rcia., que la habían venido a acompañar desde Santiago, y una numerosa concurrencia que vino a compartir nuestro pesar.

Concluída la Santa Misa, entraron a la Clausura, los tres Sacerdotes ofieiantes y el Rdo. Padre Superior de los Dominicos, para llevar a efecto los funerales. Terminadas las oraciones litúrgicas, entre las hermanas cargaron el modesto cajón para llevarlo al fondo de la huerta, a nuestro Cementerio, acompañado de la salmodia del Benedictus.

Había mucho dolor en todos los corazones, muchas lágrimas en los ojos; pero paz y resignación en las almas.

Llegado el pequeño cortejo al Cementerio, los Sacerdotes, compartiendo nuestra emoción, dijeron las últimas preces, por esta fiel hija de la Iglesia y nuestras manos la colocaron cariñosamente ahí, donde debe descansar su cuerpo, hasta que nuevamente vivificado, comience también él, la vida verdadera.

No había duda, era verdad, que nuestra querida Madre María Angela del Santísimo Sacramento, había cambiado este destierro por la Patria Celestial.

Al regresar del cementerio Nuestro Señor, que veía y comprendía cuán angustiado estaba el corazón de la Comunidad.

nos proporcionó un refuerzo y un consuelo, en esta hermosa carta que recibimos del Excelentísimo Señor Obispo, escrita a los pocos instantes del fallecimiento de su Rcia. y enviada en los momentos de partir para su viaje.

Santiago, 9 de Octubre.

Muy apreciada Madre Priora:

Comprenderá V. R., con qué sentimientos escribo estas líneas pocas horas antes de mi partida a Buenos Aires.

Nuestro Señor no me permitió acompañar a mi tan apreciada Madre María Angela en su viaje al Cielo. Desde aquí me unio al dolor de Uds., que es también mío, pues tenía para con la Madre Angela una gran estimación y afecto.

¡Sea bendito el Nombre del Señor! Hubiera deseado acompañar a la Comunidad en tan dolorosas horas y pueden estar ciertas que mis oraciones de estos días serán para pedir al Señor les dé el consuelo tan necesario.

¡Qué inmenso vacío deja la Madre M. Angela y qué hermosas lecciones encierra su vida!

Puedo decirles que era un alma llena de las más ricas virtudes y que el Carmelo de Talca puede enorgullecerse de haberla poseído.

No sé por qué tuve un presentimiento la última vez que la ví y le hablé de su salud.

Ella desde el Cielo velará por nosotros, yo ya esta tarde, más que pedir por ella, me he encomendado a su protección.

Y ahora mi estimada Madre “no nos entristezcamos como los que no tienen esperanza”. Ella habita ya “la región del refrigerio, de la luz y de la paz”. Nos deja un gran dolor, pero también un gran ejemplo. Trabajemos por seguirla.

Muy unido a la querida Comunidad, las bendice con afecto su padre y Prelado.

MANUEL LARRAIN E.
Obispo de Talca.

POSTREROS RECUERDOS

Numerosas manifestaciones de sentida condolencia comenzaron a llegar de todas partes, que nos decían cuanto cariño y cuanta veneración había sabido despertar nuestra querida Madre en tantos corazones, sólo con su sencillez y su virtud.

Nuestros Reverendos Padres Carmelitas y todos los Carmelos chilenos, se distinguieron muy especialmente. Su Rcia. había amado con tanta verdad, a cada uno de sus hermanos de religión, se interesaba por todos los Cármenes, como por su propio Carmen, por sus Madres y hermanas, como por sus seres más queridos. Así desde allá, habrá sabido agradecerles los sufragios indicados por nuestras Constituciones y todas las demás oraciones de supererogación ofrecidas por su alma, con tanta largueza, como lo hemos sabido por sus cartas; más les rogamos no olvidar, que la última petición de esta hermana que tanto las amó, fué que “la encomendáramos mucho a su Señor”.

Obispos, Sacerdotes, Religiosos y Religiosas, que conocían a su Rcia., y nos distinguen con su amistad, supieron acompañar nuestro pesar, manifestando un hondo y sincero aprecio por nuestra amada Madre, y ofreciendo generosos sufragios por su alma. Su Rcia. se los sabrá compensar desde el Cielo, ya que era tan sinceramente agradecida, en su nombre y en el de nosotras.

Todos los miembros de nuestras familias, que le eran deu-

dores de finas atenciones y cariños. y personas seglares, que ya personalmente, ya por carta la conocían, supieron unirse a nuestro sentimiento delicadamente. A todas ellas nuestra gratitud sincera.

Pasan los días, pero no su recuerdo. Todo el Convento quedó inundado por el suave perfume de su virtud. Su rápida desaparición nos dejó la impresión que en cualquier momento, al volver de un claustro, al salir de una puerta, podíamos volver a encontrar su figura venerable y bondadosa, que con sólo su vista nos hacía tanto bien. Pero, su misión ha cambiado, se ha hecho sólo espiritual.

Había un gran desco en nuestros corazones, el regreso de nuestro amado Pastor. Sabíamos que su Excelencia la conocía íntimamente y le tenía un grande aprecio. Sentíamos que al llegar nos traería algo positivo de la Madre que había emprendido el vuelo. A los 15 días de su fallecimiento lo tuvimos de nuevo entre nosotros. Al día siguiente vino a officiar la Santa Misa en nuestro Altar por el eterno descanso de su alma. Después de ella, nos reunió junto a la reja del Coro, ahí con paternales sentimientos, se unió a nuestro dolor, que era también suyo; derramó las palabras del consuelo cristiano en nuestras almas y nos animó a ser generosas en la prueba del Señor. En seguida con todo el conocimiento que tenía de nuestra querida Madre y con toda la autoridad del Prelado y del Pastor, en términos elocuentes y profundos, nos expuso lo que él había visto en esta verdadera Carmelita en los 5 años que la conoció. nos señaló el camino que su vida nos dejaba trazado diciendo, que era su testamento, que todas nos debíamos empeñar por cumplir.

Este año se volvieron a cubrir de flores nuestros jardines y con ellas llegó el mes lleno de encantos, el mes que evoca los mejores recuerdos de la vida "el Mes de María". También nos-

otras nos reunimos cada día, a los pies de nuestra buena Madre del Cielo y ahí, una voz amiga y venerable, nos relata la más tierna de las historias que encierra la humanidad, la vida de la humilde doncellita de Nazaret y nuestros labios repiten las mismas oraciones, que desde pequeñas oímos rezar a vuestras madres, en el seno del lejano pero no olvidado hogar. Desde que llegamos aquí, movía profundamente nuestra piedad y enervorizaba nuestros corazones, una hermosa y cristalina voz, suave y poderosa a la vez, que en este mus se alzaba llena de amor y piedad, entonando las glorias de María y contando sus bondades con los hijos de los hombres. Este año esa voz ya no se oía aquí en la tierra. Hubo un cantar que desde que lo conocí era el de su predilección, no se le podía oír sin que arrancara lágrimas de nuestros ojos y sin que encendiera vivamente los deseos de una vida mejor, era el que dice:

Un día al Cielo iré
Y la contemplaré.

Al oírlo este año sentíamos que para ella se había convertido en una venturosa realidad.

Un día la veré
Y, extática a su lado
De flores coronada
Por siempre reinaré.

Mirábamos a nuestra Madre Santísima y nos parecía ver junto a Ella, a su humilde hija que reinaba feliz.

Un día la veré
En la radiante gloria
Con himnos de victoria
Su nombre ensalzaré.

Sí, sin duda allá continuará cantando las glorias de su Madre, esa voz que con tanto amor las ensalzó aquí en la tierra.

Al terminar esta reseña que más que una circular, se puede llamar una noticia detallada y muy verdadera de su alma y de su vida; creemos haber cumplido mejor los deseos del Señor que recordamos al comenzar. “que la luz no quede bajo el clemín”. Así no hemos querido que esta hermosa luz, que para sólo bajo el clemín de nuestro Monasterio.

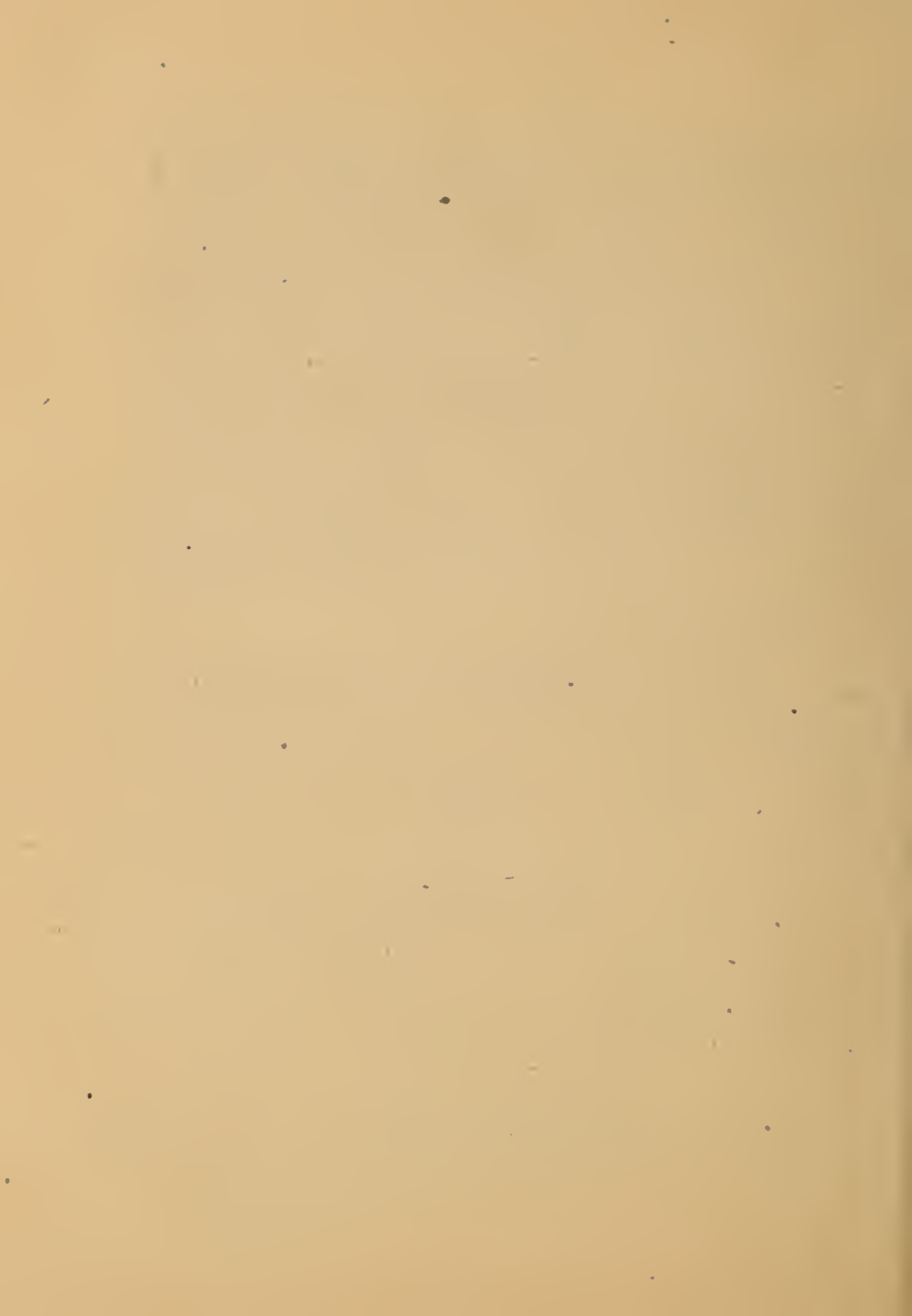
Nuestro deseo es que, el conocimiento de la vida de esta humilde Carmelita, que tan bien supo cumplir la misión, que la Madre la Santa Iglesia le confiara, al traerla a su Santo Monasterio Carmelo, contribuya eficazmente a promover la gloria de Dios, a animar y atraer los corazones generosos, a amar y a servir al Señor, como esta ejemplar religiosa lo supo amar y servir, durante su permanencia en este mundo y como ella se labren, para el otro, una dicha sin fin. •

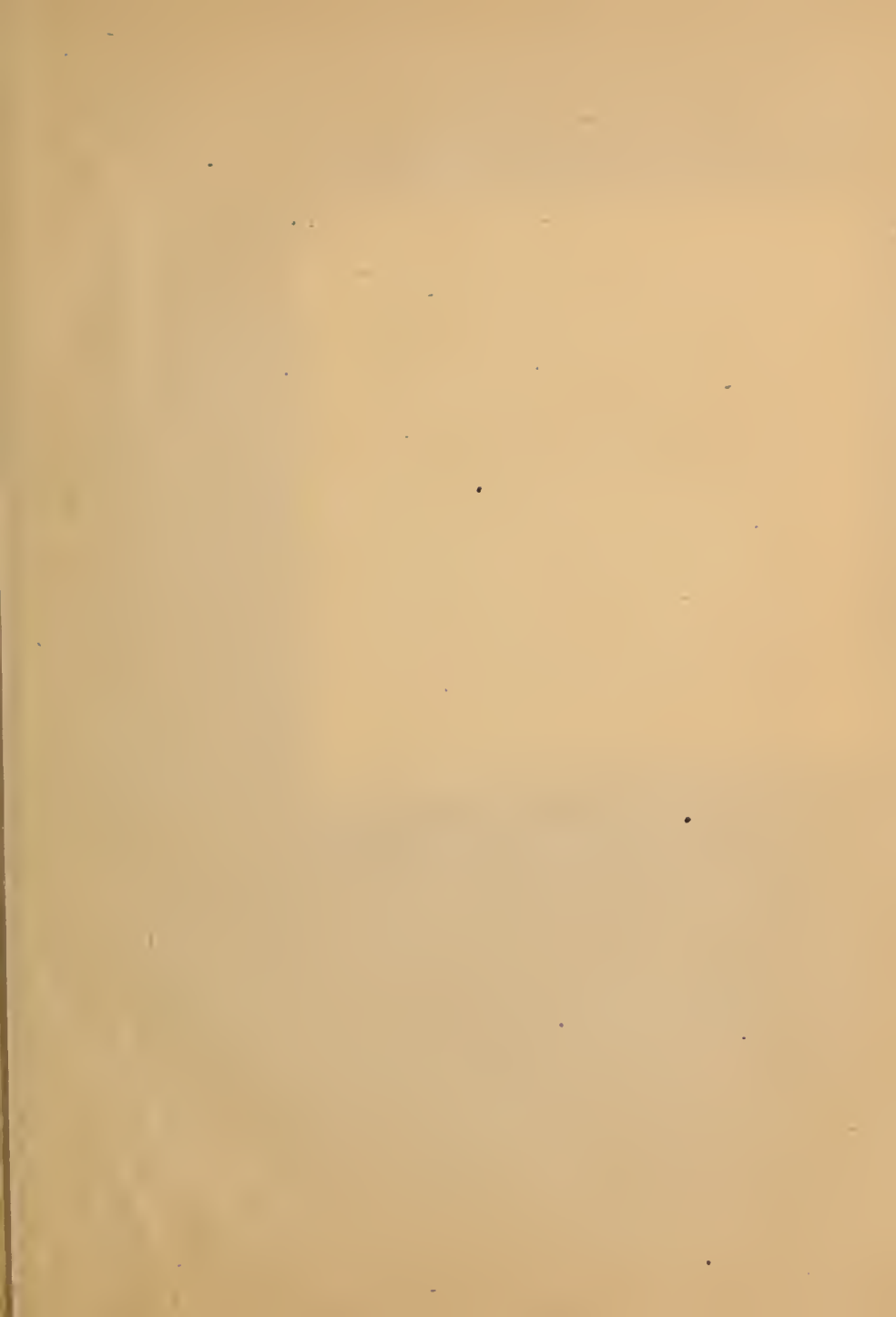
El Señor bendiga estas modestas páginas, escritas con gran fidelidad y sencillez y nuestra amada Madre María Angela, las reciba como una prueba del gran amor y profunda gratitud de la Comunidad.

De V. Rcia. humilde sierva en Cristo.

Carmela de Jesús Crucificado

Priora.







6705 TA 159

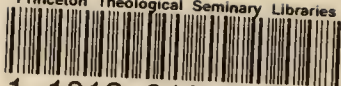
12-14-00 32180

MS





Princeton Theological Seminary Libraries



1 1012 01308 6311

